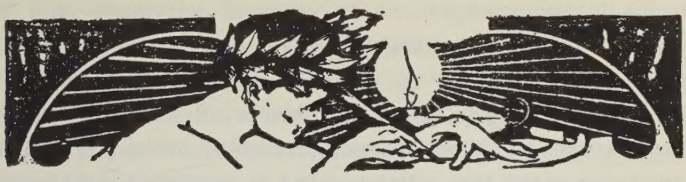

NOSOTROS

AZORIN

La sinceridad en arte, proclamada como única base y punto de apoyo exclusivo, sin correspondencia directa con ninguna otra causa emocional que pueda ser considerada como fuente estética, no ha tenido en el vasto desarrollo de que ha sido objeto en los tiempos presentes en que se realiza la bancarrota de las doctrinas, mayor defensor que el espíritu luminoso de Antonio Azorín, ese pequeño filósofo que en castizo lenguaje suele darnos las más sutiles y complicadas filosofías modernas, al par que hace vibrar con toda la intensidad de lo nuevo el viejo organismo adormecido por los narcóticos corruptores de las literaturas en boga.

Cuando Martínez Ruiz, padre y creador de ese tipo inimitable de Azorín, lanzó su primer folleto, nada dejaba esperar la obra reposada y original con que años más tarde habría de honrar la literatura española. Todo hacía suponer que ese joven atrevido, autor de *Anarquistas literarios*, fuese uno de tantos panfletistas políticos, uno de tantos guerrilleros de la literatura menuda, aunque ya muy luego esa opinión se desvaneciera cuando aquel ruidoso *Charivari*, piedra de escándalo en el charco de la España literaria, donde solo era permitido el *coax-coax* de los maestros reconocidos, vino á demostrar que Martínez Ruiz no luchaba por luchar, sino que bregaba para consolidar un ideal en el que venía

envuelto un temperamento nuevo y audaz, empleando para ello los medios que las circunstancias le sujerían.

No era posible esperar de un joven ardiente, cuya combatividad juvenil crecía por el convencimiento de su valer y de su fuerza, pasividad y calma sólo comprensibles en los que vencidos de antemano resígnanse íntimamente á la mediocridad de su destino. Los fuertes, los que aspiran á ser *porque ya son* presentan siempre recios caracteres de rebeldía, iconoclastas y destructores. Martínez Ruiz, viendo el campo acotado por viejos y por inútiles, cerradas todas las puertas, obstaculizadas todas las sendas, adoptó el partido único; el correspondiente á los que tienen la fuerza de una afirmación insustituible dándoles vida y marcándoles el camino: invadir el campo rompiendo puertas y destruyendo vallas, presentándose en lucha franca y leal contra todo lo juzgado pernicioso, por lo tanto inútil.

Ni el escándalo hecho en torno de su obra, ni la ignominia de que fué rodeado su nombre (porque los detentadores del movimiento literario conservadores por impotencia creadora, solo saben defenderse llenando de insultos el nombre del audaz aventurero), fueron bastantes para detenerle: Martínez Ruiz prosiguió su vida de labor obstinada y paciente, pidiendo al tiempo la confirmación de su bondad combativa.

Muchos fueron los que sobre él se engañaron, y aún aquel mismo clarovidente que era Clarín cometió el error de considerarlo «esperanza de la literatura satírica», sin acertar á descubrir el hombre serio y reposado que después vendría, cuando calmado el oleaje tempestuoso de *Charivari* apareciera el autor de *El alma castellana*, el padre de *Azorín*, hoy identificado á su manera de ser, de tal manera y en tan alto grado que la vida ideal de ese personaje ha llegado á convertirse, para quien pretende estudiarlo, en la vida misma del genial autor levantino.

Es lógico y natural, empero ,que de aquel combatiente audaz y terrible, considerado en su tiempo como escritor político de acerada y terrible pluma, temido por cronista demoledor, surjiera el sereno comentarista que ahora nos deleita con las sutilidades de su ingenio paradojal. Solitario, reflexivo, artista siempre, huyendo de las vanidades malsanas del llamado Todo el mundo, Martínez

Ruiz fué durante su época de lucha la representación vívida de aquellos hombres que por exceso de combatividad caen en el misticismo y que como Iñigo, el guerrero de Loyola, extreman su condición de lucha y caen en el ascetismo aniquilador.

El misticismo llevó á Martínez Ruiz á los límites de la sociología en brazos de Hamon y de Kropotkine, algunas de cuyas obras tradujo, inclinándose al socialismo anarquista, no con caracteres de batallador á que su espíritu es completamente ajeno, sino con los de íntimo convencimiento apasionado, que podían, con un leve esfuerzo, hacerle caer por completo dentro del campo sectarista. El arte le salvó, porque al arte le ligaban ese personalismo que puso siempre en todo cuanto escribe, la espontaneidad de su pensamiento y la intransigencia con que supo proclamar la verdad en todo terreno y en todas las circunstancias.

Con esas condiciones érale imposible figurar dentro de un partido, dentro de una secta, dentro de cualquier dogma, político ó filósofico, social ó religioso. Esa fué su salvación, y si la Idea Nueva (con mayúsculas) perdió un propagandista, la literatura vió exclusivamente suyo el que debía llegar á ser el más notable escritor de las nuevas generaciones españolas.

Martínez Ruiz prueba una vez más lo que ya tuve ocasión de decir respecto de otro escritor: que todas las ideas avanzadas, todas las teorías radicales, no son de corrupción ni de duelo para los espíritus jóvenes, como se complacen en afirmar los viejos dómines; creólas por el contrario crisoles indispensables para la depuración de todas las nuevas inteligencias, piedra de toque de las voluntades jóvenes que se presentan á la liza con aspiraciones dominadoras. ¿Tal escritor joven pasa por el crisol radical y en él se deshace, se desvanece, cayendo por entero en el lugar reservado á la escoria? es porque en su espíritu no había nada, nada valía nada. ¿Tal otro pierde parte de su valor y lo poco que se salva vá á aumentar el montón de lo frágil, de lo quebradizo, de lo sospechoso? es porque su espíritu ha sido formado sin conciencia, sin mérito propio, sin valor personal. Otros hay, en cambio, que al calor del fuego adquieren más consistencia, petrificanse, solidificanse, tórnanse duros, brillantes, luminosos, demostrando que solamente vale lo que puede llegar á ser, á pesar

de todos los obstáculos, pese á todas las opiniones y contrariedades.

Y en nuestros días de lucha, de combate constante, monótono, feroz, solo puede triunfar é imponerse el espíritu que haya pasado por el crisol de los radicalismos á ultranza, sin dejarse imponer por el ambiente de secta, conquistando á su vez el libre exámen y la plena conciencia, característica de los espíritus libres.

«Azorín, á raíz de la muerte de Justina abandonó el pueblo y vino á Madrid. En Madrid su pesimismo instintivo se ha consolidado; su voluntad ha acabado de disgregarse en este espectáculo de vanidades y miserias. Ha sido periodista revolucionario, y ha visto á los revolucionarios en secreta y provechosa concordia con los explotadores. Ha tenido luego la humorada de escribir en periódicos reaccionarios, y ha visto que estos pobres reaccionarios tienen un horror invencible al arte y á la vida.»

Esta *humorada* empero, esta *humorada* que llevaba á Azorín á escribir en todas partes y á figurar en todos los círculos, llevado por su afán de conocerlo todo y de analizarlo todo; esta *humorada*, es la que no le perdonaron jamás los pobres sectarios de un ideal cualquiera que en serio toman su papel y bátense con el atrevido que tiene, para esos juegos de los niños grandes, amargas sonrisas, muy escépticas y muy amables. No le perdonaron jamás los progresistas, ni le perdonaron los reaccionarios, y en ese su juego paradojal con las pobres opiniones humanas no alcanzó más que el odio de unos y otros, atrayéndose la enemistad y desconfianza de todos.

En el fondo, el intelecto especulador y filosófico de Azorín no crée en nada; ya no es el combativo Martínez Ruiz, cada uno de cuyos artículos levantaba roncha; hoy es el pequeño filósofo Azorín, cuya vida «no se presta á complicaciones y lirismos», pero que, monótona y vulgar, sin accidentes de melodrama, sin catástrofes de folletín, transcurre serena y noble como la de un filósofo peripatético, cual la de un espíritu libre, descendiente del tem-

tón que proclamó la formula del vertiginoso pensar moderno: «los pensamientos que surgen andando son los únicos que valen».

Azorín anda; Azorín no tiene punto de reposo; y si su vida es sencilla, es, empero, bastante movimentada para que sus pensamientos valgan mucho.

Piensa como un moderno y dice como un antiguo. Su habla es lenta, suave, reposada, castiza; genuinamente, logicamente hija de su suelo y de su ambiente. Las raíces espirituales de ese noble tipo húndense en el terreno clásico y su conocimiento del mismo es profundo, intensivo *(Los hidalgos, El alma castellana);* hurgando en él ha extraído la esencia de la raza, luego dada en libros como *La ruta de don Quijote*, como *Los pueblos*, donde alienta y vive el espíritu castellano con mayor intensidad que en los mismos artículos de costumbres de Larra y Mesonero Romanos.

Azorín dice lo que observa; pero todo lo que observa es por él comentado en disquisiciones sutiles, paradojales, contradictorías. Su perspicacia psicológica, aguijoneada por un deseo de lo mejor, le lleva á adoptar el temperamento ironista; no aquel usado por Anatole France, cuya ironía solo se reviste de piedad después de la disección; él es compasivo deliberadamente, conscientemente, ya antes de acometer la aventura observadora. Azorín pasa por sobre paisajes y hombres y cosas, desentrañando la oculta poesía que en todo se encierra, penetrando en el cerrado huerto de los interiores del alma, para cantar en un lirismo original y sugestivo la belleza de todo lo vivo.

Su frase evoca lejanías espirituales esfumadas en viejas brumas de añoranza, llenando el alma del lector de recuerdos propios, muy íntimos y muy sugestivos que dan la medida de todo su poder evocador. La prosa de Azorín, canta; canta con el ritmo de esas viejas canciones sin palabras que solo conocen las madres y á cuyo ritmo fueron mecidas nuestras cunas, en los largos crepúsculos morados de la infancia, repletos de las figuras trágicas de pueriles leyendas asustadoras. La prosa de Azorín mece el espíritu y le aduerme, como todo lo que hace sentir, como todo lo que conmueve. Hay en aquel «pequeño libro que trata de la vida del peregrino señor Antonio Azorín», capítulos de los que se desprende todo un vago é invisible zahumerio de añoranza, de fe,

de consolación; hay capítulos llenos de un lirismo cantante y emocionador, que hacen parpadear los ojos, temblando bajo el peso de lágrimas inmediatamente evaporadas; hay imágenes sentimentales que traen al recuerdo otras, amadas ó soñadas; hay frases rítmicas que dan la emoción de la poesía; hay palabras sugestionadoras, evocadoras, despertadoras de emociones.

Martínez Ruiz es algo más que un literato, más que un observador sagaz, cuando nos cuenta la vida de su alterego. La vida vulgar, pero trágica, de ese hombre sencillo y afable que es Antonio Azorín, adquiere el contorno definido y acabado de un mármol esculpido por el cincel brutal de un Rodin. La personalidad contradictoria de ese *specimen* de nuestro modo de ser contemporáneo, se destaca en un alto relieve magnífico, modelado con mano segura y firme.

Pensando mucho, Azorín no es un pensador de oficio; escribiendo, no es un literato; no es más que un hombre que vuelca sus pensares y sentires en una forma propia, en la *única forma* de que hablaba Flaubert, dejando, no «una fugitiva estela de gestos, gritos, indignaciones, paradojas,» como dice de sí mismo con notable injusticia, sino una acabada representación de un momento de la vida moderna, observada al través de un temperamento raro y original, quizá peligroso por no conformista, pero bravo, nuevo y ascendente por excelencia.

En todas sus obras, en todos sus escritos, aparece sintetizado, pero muy oculto, muy hondamente oculto, como buen filósofo que huye de la filosofía, el espíritu ascensional, de progreso, de mejoramiento «como un puente tendido al super-hombre». No habla así Azorín; él no emplea el tecnícismo pedagógico de los académicos y de los ateneistas; pero, de todo ese afán, nos dá la oculta y deseada sensación, tanto cuando habla discurriendo alrededor de la Vuelta Eterna, como cuando cualquiera de sus personajes, cualquier tío Juan de cualquier pueblucho manchego, se lamenta en castiza fabla de no haber en el lugar más que una fuente. Siempre dá la sensación exacta, definitiva, del momento descripto; y siempre, al través de la vívida pintura, ceñida estrictamente á la realidad, se ve el deseo y la fantasía del artista, pugnando por brotar en un desborde original y audaz de fuerzas vivas, exhu-

berantes, lozanas, tal como en las carnes torturadas, flácidas, carcomidas por ascetismos ó por martirios, de los lienzos de Ribera y Zurbarán, el observador vital acierta á ver la fantasía del pintor, cuyo era el deseo de hacer resaltar con más vivos colores y más lozanía de forma la belleza inmortal, que surjía como una llama en el corazón del espectador, angustiado por el desborde cruel de las paletas macabras.

Azorín describe hombres tristes, paisajes monótonos, complaciéndose en ello; así, también, cuando se ve forzado á decir de alegrías, de bellezas, de hermosura física ó espiritual lo hace aumentando su melancolía, haciendo más lenta su frase, más pesadas sus palabras, hasta conseguir que del fondo vivaz y reidor del paisaje, ó de los labios húmedos y sensuales de la amada Pepita, asome la tristeza, subiendo en espirales tan lentas, tan diáfanas, que contribuye á hacer más bella y agradable la visión prometida, ya por su talento asimilado á nuestro espíritu ó, más bien dicho, ya asimilado nuestro espíritu á la irradiación de su talento.

¿Novelas? ¿cuentos? ¿fantasías? Las obras de Azorín no se ajustan á ninguna clasificación de las existentes, y sólo como una muy leve, muy sutil ironía puede llegarse á comprender aquella primera denominación puesta á *Las confesiones de un pequeño filósofo*, donde la trama, el enredo, el argumento de la novela, tal como se entiende y se practica actualmente, no aparecen, siendo antes bien una colección sistematizada de impresiones, muy hondas y sugestivas, completamente personales, á guisa de libro de memorias.

Partes fragmentarias del gran todo de una obra que será su vida toda, podemos decir que esta será una gran novela cuyo argumento son las aventuras de Antonio Azorín con sus pensares audaces, con sus amistades, con sus rencores, con sus alegrías, con sus duelos, con sus amores, con sus amores sobre todo, con ese su grande y oculto amor por aquella visión delicada de Pepita que irrumpe como un claro de sol en una de

sus obras y en la mayor parte de sus cuentos, desvaneciendo otras figuras femeninas aunque aparentemente sean más acentuadas, tengan mayor relieve, y les sea dada mayor importancia en la colocación escénica, tales Justina, Iluminada y algunas otras que no alcanzan á las proporciones de la hermosa hija de Sarrió, tan rápidamente surjida como presto desvanecida. Todo ese conjunto toma la forma de una novela, pero tan leve, tan sutil, tan poco aparente que á muchos costará seguir la hilación de los personajes, en ese encadenamiento de filosofías, divagaciones, fantasías que surjen á cada momento, cortando la intensidad dramática de la fábula.

¿Por qué Azorín reniega del viejo molde novelesco y hace de lo que pudiera ser obra compacta y homogénea, un heterogéneo amasijo de impresiones, á veces discordantes, á veces contradictorias, siempre desiguales? Oid á Azorín; su prosa rancia, su prosa rítmica, establece en los siguientes términos su nueva concepción del arte de novelar:

«En la novela contemporánea hay algo más falso que las descripciones y son los diálogos... Y este defecto, (esta elocuencia y corrección de los diálogos, insoportables, falsos) va desde Cervantes hasta Galdós... Y en la vida no se habla así; se habla con incoherencias, con pausas, con párrafos breves, incorrectos... naturales... Dista mucho, dista mucho de haber llegado á su perfección la novela. Esta misma coherencia y corrección antiartísticas porque es cosa fría que se censura en el diálogo... se encuentra en la fábula toda... Ante todo no debe haber fábula... la vida no tiene fábula: es diversa, ondulante, multiforme, contradictoria... todo menos simétrica, geométrica, ríjida, como aparece en las novelas... Y por eso los Goncourt, que son los que, á mi entender, se han acercado más al *desiderátum*, no dan *una vida*, sino fragmentos, sensaciones separadas...Y así el personaje, entre dos de esos fragmentos, hará su vida habitual, que no importa al artista, y este no se verá forzado, como en la novela del antiguo régimen, á contarnos tilde por tilde, desde por la mañana hasta por la noche, las obras y milagros de su protagonista... cosa absurda, puesto que *toda* la vida no puede encajar en un volumen, y bastante haremos si damos diez, veinte, cuarenta sensaciones...»

Ejecución práctica de esa noble y veraz teoría son todas las obras de Azorín; todas carecen de fábula en el sentido novelesco, teniendo la fábula variada, incoherente, multiforme, de la vida; en ellas los personajes no son rectilíneos, geométricos, hechos de una sola pieza, sino que viven la vida natural y ríen ó lloran, y penan ó gozan, como seres verdaderos, presentados por el autor en los momentos álgidos, heróicos de su vida, no en los cotidianos de la vida vulgar y sosa por los que se asemejan á todos los seres con estómago y sexo. El interés de sus obras es casi por entero cerebral y el goce está en las meditaciones que al lector sujieren.

No hay cuidado que Azorín olvide la enseñanza de Galdós, que este mismo—¡oh, viejo Vizcacha!—no sigue: «Las historias verdaderas no tienen desenlace... Los desenlaces son artificios inventados por los malos poetas...» Huyendo de la fábula no caerá Azorín en el peligro de los desenlaces, y así los tipos de sus obras desaparecen cuando se tornan inútiles para la intensidad del pensamiento, sin que esa misma necesidad sea óbice para que en otra obra resurjan y pasen, como visiones evocadoras de otros días, puentes de añoranza: así Sarrió, el epicúreo; así don Víctor, así Pepita la nunca bastante mentada Pepita, la del bello pelo rubio, abundante y sedoso, la de los ojos azules, la de la tez blanca y fina, la de las blancas, carnosas, transparentes y suaves manos que urden los encajes, mientras el dedo meñique enarcado vibra nerviosamente... Y con ellos todos los otros personajes, las buenas viejas de pueblo, vestidas de negro, apañadas, sencillas, suspirantes; los labradores atezados, rudos, humildes, de parco hablar y andar sosegado; los viejos hidalgos de pueblo «un poco echados á perder»—y con ellos los animales: los galgos, los grillos, hasta las arañas y los coleópteros, y más abajo las plantas, y más abajo aún, la misma tierra, esa amarilla, seca, brutal tierra manchega, que él ha hecho tan suya y que nadie ha pintado con tanta precisión, con tal vigor, con tan rigurosa y artística exactitud...

Aquel periodista político terrible, lleno de mala intención, que escribía sendos artículos furibundos comentando lo que no le interesaba y que por hacerlo friamente, calculadamente, resultaba más agresivo, más malo, es hoy, en toda su plenitud, el «hombre de recogimiento y de soledad, de meditación», que siempre ha sido intimamente; y por esto sus producciones van haciéndose cada vez más íntimas, más particulares y personales, llegando poco á poco á un exclusivismo egoista, que sería irritante sino obligara al perdón inmediato su manera de ser que no mueve contra él ningún rencor mezquino. Y ese gran cambio sufrido en la personalidad literaria de Martínez Ruiz, no siendo voluntario ni calculado, debe de haberse producido bajo el influjo de una de esas grandes y fatales emociones humanas, una de esas emociones que trastornan por completo el modo de ser, cambiando el prisma á cuyo través se suele contemplar la vida y la causa de ese cambio quizás pueda encontrarse en ese trágico *Diario de un enfermo*, libro de memoria, cuyo título no figura hoy en la lista de sus obras. Ese *Diario* puso punto á la parte combativa de su obra. En ella el estilo se transforma y la idea se aquieta. Señala un momento de transición,—como todos los grandes dolores.

En *La Voluntad*, en *Antonio Azorín*, este peregrino señor aparece como un ser que no tiene *autotelia*, que se deja llevar por sus impresiones del momento, por sus emociones del minuto; en *Las confesiones* se hace un tipo suave, recogido, algo desengañado, íntimamente desilusionado, viviendo agarrado á recuerdos que en vano tratan de asfixiar las olvidanzas que el mundo amontona en su incesante trajín; en *Los pueblos* surje como un observador paciente, perspicaz, que en momentos de aparente calma recuerda el ambiente cálido y sereno de los viejos pueblos, terminando con una sangrienta aunque apacible ironía; en *La ruta de Don Quijote* conviértese en un analista ducho y cruel, haciendo la disección de la raza en un momento preciso de su historia, mientras en su obra diaria, en sus cuentos, crónicas, impresiones y fantasías publicadas en las hojas diarias madrileñas, muéstrase el incansable trabajador que ha sido siempre, obstinado en una labor intensa, personalísima y elocuente.

Azorín, pensando claro y sintiendo hondo, libre de prejuicios,

exclusivo en su manera de ser, personal en su modo de decir, aparece hoy á la vista de quien vea y piense con precisión como el más pujante pensador de las nuevas generaciones literarias españolas, el más independiente y que por serlo dispone de la mayor autoridad para afirmar ó negar, opinando sobre una persona ó sobre un hecho... Además de que nunca dejará de ser el pequeño filósofo que al opinar hácelo conciente, deliberadamente, previo firme razonar sobre el pró y el contra.

Es Azorín la personalidad más interesante de la literatura española y la que, una vez aceptada como tal, más rapidamente hace camino en el corazón del lector, conquistando de golpe todas las simpatías. Lo dificil es, en este caso, que llegue á ser aceptado incondicionalmente, porque «su manera», tan especial y propia, aleja de su amistad á las personas que suelen correr detrás de la bullanga ruidosa, detrás del colorín de cromo, detrás de la brillazón del adjetivo y que por lo mismo huyen de los *raros*, esos hombres originales y audaces que tienen su estética y su moral.

En cambio, no le faltan los aplausos de los que en el arte quieren ver algo más que un simple pasatiempo, algo más que un modo de vivir. Van con él los que en el arte ven la exteriorización de la vida interna del artista y la intensificación de la vida universal, bajo formas bellas y útiles. Con él están los sensitivos, los emotivos, los románticos, (en el buen sentido de este desnaturalizado vocablo), los hombres de buena voluntad que aman la vida con la plenitud exhuberante de un epicúreo, aunque mezclando á todo su amor un leve tinte de tristeza crepuscular, propia á todo lo que por muy amado, por excesivamente amado, lleva consigo el amargor doloroso de lo condenado á irreparable pérdida; pues, por un doloroso complemento, la vida es más amarga para quienes más dulcemente la saborean, ya que á su placer se une el duelo de la pérdida próxima... Y he aquí por qué en los ojos de las mujeres más bellas pasan agoreras sombras de muerte; por qué los lábios que ríen forman al terminar la carcajada un rictus semejante al que precede al llanto; por qué en toda alegría, en todo placer, en todo espontáneo movimiento de con-

fianza hay un leve temblor de agonía, caído como una sombra del reino de lo invisible, de lo inenarrable...

Ver, observar, comentar todo esto; dar la síntesis dolorosa de ese *no se qué* he aquí la gran misión del arte á que ha llegado Emerson, á que Maeterlinck nos ha conducido muchas veces y á la que Azorín entre burlas y veras conduce todos sus tipos, comentando con ellos las grandes y obscuras páginas del Gran Libro.

JUAN MAS Y PÍ.

LA MESA [1]

I

Vestida está de lino,
como un altar, la mesa.
En la blancura del mantel, los iris
del cristal centellean.
—Sal y tesoro de policromía
por la munificencia
de nuestro amigo el sol, que nos regala
una sonrisa á cambio de un poema.—
Fresca en la jarra el agua, y rojo el vino,
á ser diamantes y rubíes juegan,
y los claveles blancos
que te envió un poeta,
recuerdan desde el ánfora
con su fragancia intensa,
amistad, versos y palabrería
fragante como ellos. En la cesta
de mimbres, duerme el pan; duerme el silencio
en la estancia; en espera
de que tú le despiertes
con la vibración trémula

(1) Del libro titulado «*La casa de la primavera*», que aparecerá en breve.

de tu reir, duerme también el aire
sobre la clara estrofa, que en la mesa
están ritmando pan, lino, claveles,
cristal, plata, fragancia y agua fresca.
Humilde estrofa de la cotidiana
felicidad, discreta
cómplice del vivir ilusionado,
ara de paz que, sonriendo, esperas
á que vengamos á gustar los dones
de tu pan y tu amor, ¡bendita seas!

II

—¿Sabes, poeta loco,
á qué saben las fresas?
—¿A cariño?
—No tanto!
—¿A gloria?
—No lo aciertas.
Saben al saboreo
de esa emoción secreta,
y ténue, y fugitiva,
que hace vibrar al alma cuando sueña
que las palabras que le están diciendo
con la más elegante indiferencia
llevan dentro un latido
cordial, y si pudieran
florecerían en claveles rojos
de honda y apasionada reverencia.
—¡Sutil estais, mi amiga!
—¿Te burlas?
—¡No por cierto! En primavera
están muy en su punto
las interpretaciones de la ciencia
sentimental, y plácenme tus pláticas
sobre textos de amor ¡dulce maestra!
—No hablábamos de amor!

—Dame el azúcar
Y la nata.
—¿No es cierto que las fresas
parecen corazones chiquititos,
y da miedo morderlas?
—¡Pero saben tan bien!
—¡Materialista!

... Así la charla va sobre la mesa
corriendo y desgranándose
con paz de arroyo sobre una pradera.
Hoy las fresas, mañana las naranjas;
la dorada corteza
del pan, que trae olor á jaramago
y evocación de aldea;
las guindas — ¡huerto á orillas
del río y su frescura mañanera!;—
la miel, en cuyos oros
está el runrunear de las abejas
entre las matas de romero y salvia,
bajo la calentura de la siesta;
las manzanas que cantan: ¡Romería!
Todo está en todo, y todo en el poema
del humilde vivir, es buena estrofa
si el alma emocionada lo comenta.
¡Ay, amada!, que ríes y comprendes:
por la emoción serena
con que la simpatía de tu gozo
perfuma y dora estas
humildes refacciones que tú llamas
«comidas de muñeca»;
por la felicidad, que se hace verso
sobre el blanco mantel de nuestra mesa;
por la gloria del agua,
por la gracia del pan, por la madeja
de ilusiones que enredan nuestros ojos
y que nuestro cariño desenreda,

por todo esto, quememos nuestro incienso
antes que pase nuestra primavera,
y recemos agradecidamente:
—¡Vida, bendita seas!

III

...Estos pocos amigos
han venido á sentarse á nuestra mesa.
Si la soledad es grata,
la compañía es buena;
si el silencio es amable,
inestimable es la funambulesca
perleria de la palabrería
que surte loca, llena
de entusiasmo, encendida, paradógica,
del fondo de estas almas de poeta,
como un florecimiento, como una
lluvia de primavera
que fanfarronamente desgranase
sobre la gloria de las frondas nuevas
todo su peregrino
diamantear de estrellas.
Como es noche de junio, las ventanas
del comedor están todas abiertas,
y el aire que ha pasado
sobre las ya floridas madreselvas,
nos trae el buen olor de los jardines
recién regados; y esta
caricia perfumada
con su misterio nuestra charla aquieta.
Desenvuelve el silencio
su espiral, y la vuelta de la rueca
de la vida hila un siglo ó un segundo
¡quién lo sabe! — Alguien reza
como si suspirara — ¡Hermosa noche!—
—¡Ay, amada!, en las lentas

nocturnas comuniones
con hostia de emoción, por la serena
fragancia del suspiro
que sube de la tierra,
¿á dónde van las almas de los cuerpos
que están en torno de la misma mesa?
¿por qué jardines vagan?
¿qué mieles saborean?
¿Cómo será la lumbre de los ojos
porque cada una de estas bocas tiembla
al decirle á la noche: — ¡Hermosa noche!?
¿Dónde estará dormida la quimera
de cada desvelado pensamiento?
Tú, callando, respetas
el misterioso instante, y cuando tornan
las almas á conciencia,
sonríes, recogiendo en las sonrisas
que á la tuya contestan
la rosa espiritual del enigmático
florecimiento. Amiga de poetas
eres, y confidente de locuras:
cuando partes el pan de nuestra cena,
tus manos pequeñitas
son aves mensajeras
de algún sereno prometer. Bien creo
que la noche te ha dado de su hermética
ciencia la clave, y sabes el secreto
de los luceros y de las estrellas,
y que por eso el pan que nos repartes
duerme las inquietudes y despierta
los sueños, y hay un florecer de rosas
y hay un rocío de palabras buenas
en las almas de estos pocos amigos
que han venido á sentarse á nuestra mesa.

G. Martínez Sierra.

Madrid, Noviembre de 1907

UNA HISTORIA INMORAL

—Les aseguro que la cosa es verdad, ó por lo menos me la juraron. ¿Qué interés iba á tener en contarla? Es grave, sin duda; pero al lado de aquella chica de cuatro años que se clavó tranquilamente un cuchillo de cocina en el vientre, porque estaba cansada de vivir, el viejo de mi historia no vale nada.

—Eh, qué? Una criatura?—gritó la señora de Canning.

—Qué horror!—declamó Elena, volviéndose de golpe—Dónde fué, dónde?

El joven médico levantó la cabeza, nada sorprendido. Todos lo miramos, pues su presencia era más que específica tratándose de tales cosas.

—Vd. cree, doctor?—titubeó la madre. El éxito de mi cuento dependía de lo que él dijera. Por ventura se encogió de hombros, con una leve sonrisa:

—Es tan natural!—dijo, condescendiendo con nosotros.

—Pero cuatro años!—insistió, dolida en el fondo de su alma, la gruesa señora.—Angel de Dios! Y en el vientre, qué horror! Eh, Elena, viste? En el vientre!

—¡Sí, mamá, basta!—clamó aquélla, achuchada, cruzándose el saco sobre el vientre, lleno ya de entrañable frío. Como era graciosa, quedó muy mona con su gesto de infantil defensa.

Tuve que contar en seguida qué era eso de la criatura. Efectivamente, el caso había pasado meses antes en el Salto Oriental. Se trataba de una criatura que vivía con su abuela en los alre-

dedores. La pequeña era inteligente y callada—demasiado para su edad. Ya la abuela había contado á los vecinos que no le gustaba el excesivo juicio de su nieta: «No tiene más que cuatro años! Preferiría tener que pegarle por alocada.» Una mañana, mientras comían, la abuela se levantó á ver quien llamaba, y cuando volvió halló á su nieta de pie, apretándose las manos sobre el vientre. Enseguida vió en el suelo el cuchillo de cocina ensangrentado. Corrió desesperada, le apartó las manos y los intestinos cayeron. A las ocho del otro día vivía aún, pero no quería hablar. La noche anterior había respondido que estaba cansada de vivir; fué lo único que se pudo obtener de ella. No se había quejado un solo momento. Estaba perfectamente tranquila. No tenía fiebre ninguna. A las diez se volvió á la pared y poco después murió.

Esto fué lo que conté.

—Ya ven Vds.—concluí—que la historia es un poco más extraña que la del viejo. Siento no haber conocido á la chica esa. ¡Qué curiosa madera! Indudablemente si alguna vez hubo en el mundo una persona que creyó estar de más, esa es mi chiquilina. Se acabó.

—¡Sí, se acabó, ya lo vemos!—me reprendió la madre. Su tierno corazón estaba alterado.—Y pensar... Y Vds. doctor, cómo no ven Vds. esas cosas!

—Qué hacer!...

—Pero Vds. saben eso!

—Qué cosa?

Lo miró sorprendida, como si no se le hubiera ocurrido que podrían preguntarle qué era justa y concretamente lo que ella pensaba. Al fin extendió los dos brazos demostrativos:

—¡Pero eso, esa criatura!

—Sí, señora, sabemos eso, pero no podemos impedir que haya cuatro degenerados como esa personita. ¿Se acuerda Vd. de lo que le conté hoy en la mesa? Es lo mismo. Aquí indudablemente se trata de algo más, quién sabe qué herencia sobrecargada. Sobre todo esa insensibilidad al dolor... en fin, estamos llenos de estas cosas.

Nuestra respetable amiga siguió atentamente la vaga disquisi-

ción científica. No entendió una palabra, eso no tiene duda; pero su alma respetuosa de todo lo profundo comprendió á su modo, y se hubiera tirado al agua con los ojos cerrados en apoyo de lo que afirmaba el joven y estudioso sabio.

Nos callamos un momento. La noche estaba oscura, y sobre el agua invisible iba marchando el vapor Tritón, con el golpear sordo y precipitado de sus palas. El río picado hamacaba pesadamente al buque. De cuando en cuando, una ola corría desde proa á romperse en las aletas, con un chasquido silbante que estremecía á la borda en que estaba recostada Elena.

Esta se volvió á mí:

—No sabe más?

—Nada más; apenas eso.

—Es bastante, ya lo creo!—ratificó la madre.—No es invento suyo, verdad? Ah, no me acordaba de que el doctor dijo que eso pasa... Sí, sí, no dé las gracias, podría haberlo inventado. ¡Pobre criatura! Y sin embargo, no sé qué! Sufro mucho, y me gusta oír. Hay tantas cosas que una no sabe! Vd. conocerá muchos casos, no doctor?—se dirigió á éste.—Pero no se deben poder oír, sus casos!

—No tanto! Algunos sí, bastantes. Pero no veo qué interés pueda tener eso. Para nosotros, todavía, porque estamos dentro de todo... Y aún así...—Se llevó la mano á la barba y recostó la cabeza en el sillón, en su alta indiferencia mental por nosotros.

—Y Vd. señor?—se volvió la madre á Broqua.

Este Broqua formaba parte del grupo en que nos habíamos unido desde la noche anterior, por simples razones de mayor ó menor cultura. Para la charla anecdótica y sentimental de todo viaje, no era menester un mutuo aprecio excesivo, y estábamos contentos.

Broqua era un muchacho de cara tosca, que hablaba muy poco. Como parecía carecer de galante malicia y de sentimiento artístico sobre los paisajes aclamados minuto á minuto, había despertado ya vaga idea de ridículo en madre é hija.

Esa noche antes de salir afuera, Elena había tocado el piano en el salón. Broqua, que estaba á su lado, no apartó un momento los ojos de las manos de Elena, indiscreción que la tenía muy nerviosa. Tocaba con gusto, pero la insistencia de ese caballero, que

muy bien podía ser un maestro, le pareció un poco grosera. Cuando concluyó la felicitamos efusivamente, pero no quiso continuar. No había quien lo hiciera.

—Y Vd. señor, no toca el piano?—se volvió á Broqua.

—No, señorita.

—Pero sabe música!...

—Tampoco, absolutamente nada.

Esta vez Elena lo miró con extrañeza bastante chocante.

—Como miraba tanto lo que yo hacía...

—No, admiraba la agilidad. Me parece muy difícil eso—respondió naturalmente.

Elena y la madre cruzaron una rápida mirada. El joven sabio, á su vez, lo miró sorprendido. De esa ingenuidad á la zoncera no había más que un paso, y el médico, en comienzo de flirt con Elena, cambió con madre é hija una sonrisa de festiva solidaridad sobre el sujeto. Elena hizo una escala corriendo el busto sobre las teclas y se levantó. Como no hacía frío fuimos á popa.

Al sentirse interpelado sobre las historias, Broqua respondió

—Sí, señora, sé una, pero es un poco fuerte.

Otra vez cruzó el terceto una fugitiva mirada entre sí. Elena, no obstante, al oír *un poco fuerte*, creyó deber ponerse en seguida seria.

—Muchas gracias, señor—respondió desdeñosamente la madre, volviendo apenas la cabeza á Broqua.

—No, se puede oír, solamente que el asunto no es común y asusta un poco.

—Veamos, señor: ¿se puede oír ó no?

—Creo que sí, por lo menos una señora.

¿Qué curiosidad no se despierta? Apenas entablado el diálogo. Elena se había apresurado á charlar con el médico, como para establecer bien claro que ella no podía oír lo que tampoco debía.

—Elena!

—Mamá?—se volvió aquélla, muy extrañada.

—Tráeme la peineta grande del neceser, á la izquierda. El viento me ha despeinado horriblemente. No revuelvas, por Dios!

Posiblemente Elena tuvo deseos de hallar un poco tardía la necesidad de la peineta; pero al verse observada por la mirada cu-

riosa de Broqua y de mí, se resignó á no oír aquello, virginalmente ajena al motivo de su destierro.

Broqua la siguió con los ojos. Cuando desapareció comenzó:

—La historia es corta y sobre todo rara. Tal vez...

—Que no sea de criaturas, señor—interrumpió la señora—porque me aflijo mucho. No sé qué me da verlas sufrir así. No lo puedo remediar, siento una compasión que lloraría. A mi edad, verdad...? Y es así. La vez pasada oí contar que un hombre de la vía del tren—guardabarreras, no sé...—había dejado que el tren destrozara á su hija, que estaba jugando sobre la vía, para evitar una catástrofe. No tenía más que mover un poquito la barra de cambiar, y el tren hubiera tomado otro camino, chocando con otro! ¡Dejar matar á su propia hija, qué horror! Estuve dos días pensando en eso. ¡Qué abnegación, mi Dios! No puedo, absolutamente no puedo! El suyo es así?

—No señora, es muy distinto. En dos palabras: cuando yo era médico de una sociedad ...

Hubiera sido imposible que siguiera. La señora abrió desmesuradamente los ojos:

—Pero Vd. es médico, señor ?

—Sí, señora.

—Pero no sabíamos—repuso, mirándonos al joven sicólogo y á mí en su apoyo.

—Es lo mismo—respondió Broqua, mirándola á su vez con una sonrisa que hubiera sido de la más ridícula ironía, si no fuera de la más indiferente naturalidad.

Su eminente colega le lanzó una fría y rápida mirada escudriñadora. Entonces intervine.

—Ahora cambia de aspecto, señora. Por arriesgado que sea el caso, tendrá forzosamente otro carácter por ser un médico quien lo cuenta y lo podría oír hasta una criatura. Vd. sabe bien que en las grandes ciudades las señoras van á los institutos científicos á escuchar cosas que no oirían en otra parte, sin gritar. La ciencia, señora. Tal vez sería bueno el llamar á la señorita Elena...—agregué con la más hipócrita gravedad que pude, mirando hacia los corredores.

—No se incomode, señor—me cortó seca y dignamente.—Yo

puedo oír porque soy vieja ya... sí, señor, vieja! y desgraciadamente la experiencia nos hace ver cosas más crueles que las que podría contar el señor... el doctor. Es cierto, vemos muchas cosas horribles, pero nos enseñan á compadecer á los desgraciados de esta vida y á tolerar tantas cosas!

Era, sin duda, un gran corazón la gruesa dama. Elena no volvía, lo que probaba su también vieja experiencia de esos destierros. Como ya estábamos en paz, Broqua reanudó su relato.

—Cuando yo era médico de una sociedad, aquélla me mandó una vez al consultorio una mujer humilde, joven aún, pero muy quebrantada. Al cabo de dos minutos perdidos en evasivas por su temor de tocar el tema, me contó que tenía un hijo que sufría de una enfermedad extraña. Paso por encima su manera de decir; no quería precisar nada. Instada por mí, supe al fin que su hijo, de 20 años, odiaba á las mujeres, pero se desvivía por los vestidos. Desde chico era así. Parece que á los nueve años estuvo colocado en un taller de modistas y allí comenzó su perversión. Tampoco había sido nunca un muchacho viril, sino todo lo contrario. Tenía una colección de muñecas que vestía y desvestía. El mismo se vestía de mujer. Recortaba las siluetas femeninas que veía en los diarios y se quedaba horas perdidas mirándolas. A las mujeres las odiaba; le daban asco, es la palabra. Economizaba todo lo que podía para comprar trajes de mujeres delgadas, bien cortados. Si el dinero no le alcanzaba, compraba sólo una pollera. Se acostaba con ellos, y demás está decir las emociones que sentiría. Completamente, señora.

La madre no sabía qué hacer. Era una pobre mujer tímida, que había sido muy desgraciada con su marido. Lo que le espantaba más en su hijo era que su padre había sido lo mismo. Muy joven aún, y llevando una vida sobrado libre, había sido solicitada para que tratara de que el desgraciado ser en cuestión, después su marido, cobrara gusto con ella á los placeres reales del amor; así cambiaría. Efectivamente, eso pasó, y la pobre muchacha concluyó por enamorarse y se casaron. Al principio todo fué bien; pero á los pocos años volvió á su manía, complicada con accesos de idiotez y furias horribles. No había día en que no la pateara. Este calvario duró un año, al cabo del cual quedó loco.

La pobre mujer, que había llevado Dios sabe qué vida con su marido, se desesperó cuando notó que en su hijo se reproducían las mismas cosas del padre. Hasta la adolescencia tuvo esperanzas, pero se resignó á perderlas. Ya no sabía qué hacer.

Le aconsejé lo único posible: que su hijo tuviera relaciones con mujeres. Movió un rato la cabeza, triste y desconsolada.

—Ya lo pensé—me respondió—pero no quiere...

Como yo insistiera, me contó—y esto es lo que yo llamo abnegación, señora, grandeza y comprensión del amor más grandes que todas las honradeces—me contó que una noche, desesperada de angustia al ver que su hijo acababa de tener el primer ataque de idiotez, se esforzó en que aquél se olvidara de que ella era su madre. Más bien, hizo todo lo posible. Un momento, señora. La pobre mujer no se daba cuenta de toda la sobrehumana compasión que significaba eso. Estaba muerta de dolor, y no quería por nada que su hijo fuera lo que había sido el padre. Otro momento, señora, y acabo. Tampoco había sutilizado su acción, ni había gestos de sacrificio. Estaba ahogada de ternura y lástima por su pobre hijo, y no había visto nada más. Esto es todo.

Nuestra respetable amiga, que durante la historia de Broqua había intentado varias veces interrumpirlo, resignóse al fin á oír todo, ofreciéndose á sí misma, hinchando el cuello indignado, el sacrificio de su dignidad. Al concluir Broqua, se levantó lentamente y lo midió de abajo á arriba.

—¡Pero eso es inmundo!—explotó con un asco que salía del fondo de su gordo corazón.

—Eso es exactamente lo que dijeron las señoras de la Beneficencia, cuando supieron el caso—observó Broqua inclinándose—Perdóneme, señora. Comprendo muy bien que le cause mala impresión, pero ya ve que hubiera sido imposible que la señorita Elena oyera esto.

La dama dió vuelta la cabeza á medias y lo midió de arriba á abajo esta vez:

—No faltaba más, señor!...—Y se fué, con el busto dignamente arqueado adelante.

El eminente sicólogo continuó con nosotros media hora aún, sin hablar una palabra. Tuvo veleidades de decir algo, sin duda,

en defensa de sus amigas ofendidas; pero el manifiesto espíritu agresivo de Broqua, al contar esa historia, contuvo su gentil paladinismo, indigno, además — por las violencias posibles — de un cerebro superior. Se fué y quedamos solos hasta la una de la mañana. Broqua se consideraba suficientemente vengado y estaba tranquilo. Indudablemente, se dejó llevar un poco y yo también. Pero ¡qué diablos!...

A la mañana siguiente, muy temprano, desembarcaron madre é hija. Broqua y yo estábamos recostados de codos en la borda, tomando el sol. La madre nos vió en seguida, pero apretó los labios, con un rápido tirón á la manga de Elena para que evitara vernos. No obstante, al alejarse por fin por el muelle, Elena dirigió á Broqua una fugitiva mirada de curiosidad. Me pareció por su expresión—Dios me perdone—que le habían contado la historia.

HORACIO QUIROGA.

LA POESÍA DEL PROGRESO

El cielo estaba hinchado de nubes, que descargaban sobre Madrid una lluvia fuerte y continua. Un poeta y yo paseábamos por la calle de Alcalá. En la acera abrillantada por la lluvia, el luminar de los tranvías se espejeaba temblorosamente, y de los arcos voltáicos brotaba una suerte de resplandor lunar, un cabrilleo de ópalos y esmeraldas y una refracción violácea, donde vibraban serpentinas de oro .

Un automóvil pasó raudamente, con sus pupilas radiantes, que le abrían, entre la lluvia, una senda de luz. El poeta y yo veíamos llegar y alejarse á los tranvías con los focos en sus topes y sus señales polícromas en lo alto que se redondeaban como piedras preciosas de una grandeza oriental. La lluvia, al empañar los cristales, llenaba de misterio el interior de los coches, y las figuras de los viajeros adquirían una imprecisión de ensueño. Los vestidos claros de las mujeres se apagaban en las obscuras siluetas de los hombres, y alguna mano infantil con sus dedos de rosa, hacía transparente un espacio del vidrio para atisbar por él. Los coches de punto cruzaban chorreando con sus caballos héticos y sus cocheros maldicientes en medio de los faroles lívidos.

Los tranvías transitaban, y sus ruedas sobre los rieles húmedos y brillantes, y sus trolleys recorriendo los cables, arrancaban chispas eléctricas, fulgurantes, rojas, violáceas; chispas de un iris, neurótico, de una luz cegadora y efímera, de una luz de vicio,

de locura y de magia; chispas crepitantes, musicales, con un ritmo violento y extraño, como el ritmo de un himno nocturno.

El poeta y yo, conmovidos, dejábamos caer la lluvia sobre nosotros. Contemplábamos á los viandantes que huían bajo el amparo inútil de sus paraguas, sobre cuyas cúpulas movedizas la lluvia y la luz hacían diamantinos juegos de claroscuro. Mirábamos á las mujeres: iban algunas ceñidas en sus mantones, negras, trágicas, como visiones de dolor y tristeza; otras, ligeras, ondulantes, con la gracia de la falda recogida, mostrando, entre sedas y encajes, una seducción...

Y seguían pasando, á toda prisa, los coches de punto. Se escuchaba el restallar de los látigos y se veía el esfuerzo de los jamelgos que, al herir con sus cascos al empedrado, hacían brotar chispas tristes y melancólicas, chispas rastreras y humildes que se rendían al portento luminoso del fluído eléctrico.

Caía, ya mansamente, la lluvia, y yo le dije al poeta:

—¿No crees tú que estas cosas, los tranvías y los automóviles, empiezan á hacerse románticas? ¿No crees tú que debemos comenzar á amarlas? Fíjate que han nacido con nosotros, que son de nuestra época y de nuestra vida. Tú dirás que tienen una pesadez mecánica y un aspecto ciudadano y burgués.—¡Y qué importa! Nosotros podemos quitarles esa pesadez y ese aspecto.—Tú eres poeta: ahora tus idilios no deberán desarrollarse en góndolas, en sillas de postas ni en vetustas diligencias. Deberán desarrollarse en automóvil. En automóvil van las Manon y los De Grieux de hoy... Podrás cantar al vértigo de la distancia y tendrás motivos para epitalamios y para elegías.—Podrás hacer raras estrofas de versos rápidos y de ritmos dislocados y relampagueantes.—Por tus versos nuevos pasarán reyes pálidos y espectrales hombres enterrados en pieles, damas rígidas, é impasibles, mujeres de placer y vírgenes de velos blancos que el viento de la carrera á la Nada pondrá, trágicamente, rígidos sobre el cielo de los crepúsculos... Si tú lo quieres, poeta, podemos matar al Progreso.—Vamos á quitarle lo que tiene de antipático y de intruso, y para esto comencemos á amar las cosas nuevas y á llenarlas de poesía, porque la poesía donde está es en los hombres y no en las cosas, ¿no es verdad?

—Es verdad, dijo el poeta.—Yo empiezo á sentir en mí el nacimiento de esa poesía, pero nace poco á poco y con dolor. Tengo el alma conquistada por las cosas lejanas, desconocidas que se apagan al exterior, con un apagamiento que yo respiro y que no es sino el alma temblorosa de la humana tristeza... Si; yo empiezo á sentir que en mí nace esta nueva poesía del Progreso, pero nace poco á poco y con dolor. Nace todavía sobre cenizas calientes...

La lluvia iba aplacándose y en lo alto comenzaban á brillar las estrellas. El tintinear de los tranvías, el chasquido de los látigos y el anuncio de los periódicos, cantaban el himno bullicioso de la ciudad. La gente cerrando sus paraguas, volvía á la calle, y el poeta y yo, después de darnos las manos, nos perdimos entre la multitud.

ALBERTO INSÚA.

Madrid, Noviembre de 1907.

LA COPLA EN EL CAMINO

Son las chumberas beatas cojas:
Moliendo están de tres en tres,
Por el cordón de encías rojas,
Los kiries..... *ite, missa est.*

La platanera es la nodriza,
Que era zagala en Portugal,
Con su cadera tan maciza
Y su parlar de pan sin sal.

El limonero... el limonero
Palmea el hombro al viento sud
Y hace sonetos al jilguero:
—Eres de plata y seda, tú...

Está pensando un consonante
Que tenga de ágata y de añil
Y tenga el ánima vagante
Como la tiene el mes de abril.

El fruto de oro se le hamaca
Cual seno blando de vestal,
Con ese aroma de alhahaca
Y corazón de pan candeal...

Vanidosillo es el cerezo
Que se dá tono de cuestor;
El sauce es un buen padre obeso
Que vá al entierro de un señor...

La enjuta vid es un asceta,
—Como el de Tours, como el de Assís,—
Cuando predica le oye inquieta
La mata tísica de anís.

La comelina vá á la escuela
Con su planilla, su abecé,
Y algunos huesos de ciruela
Bajo la blusa color té.

Los pajes rubios, los rosales
De quince octubres, pajes son,
Que hablan de heráldica, de briales
Y de historietas de centón.

La madreselva viste luna
Cuando se viene Navidad;
La madreselva triste es una
Hermanita de caridad.

La tapia en ruina de la huerta
De madreselva blanca está,
Y en la mañana se despierta
Como llovida de maná.

Hay un toronjo que es barquero
Sobre las rías del salmón...
—Barquero, rema más ligero,
—Daca, de prima, mi doblón.

—Tú que has hilado tanto lino
Dime del lino la color,
—El lino es claro como trino
De ruiseñor que tiene amor.

La malva es una señorita
De *five o'clock*, que lee á Verlaine
Y en la acuarela se ejercita
Para su edad bastante bien...

Y el roble joven... ah!, boyero
De las doncellas forzador,
Guarte no llegue el molinero
Más atrevido que un azor!.

La malva, toda de esmeralda,
Chilla si siente tu raigón:
—¡Ay!, ¡no me pise usted la falda!
—¡Me ha desprendido el cinturón!.

Para la grama menudita
El viento tiene una canción,
La grama ingénua y pequeñita
Novia es del viento volantón.

Copla del viento es copla suave
Como de brin que llueve y,
Como girar de vieja llave
En cerradura de rubí.

Copla del viento es todo dengue
De pisaverde ó de galán...
Copla del viento es de merengue
Con burbujeos de champan.

La ruda urgante porta cuentos
Desde el atajo hasta el lomar;
Esta infantil trotaconventos
Trajina solo por yantar.

¡Y quién la vé tan recogida!,
¡Tan alita de serafín...!
¡Si es esa ruda una perdida
Que anda por todo cafetín...!

¡Muy bien le está que los lagartos
Ruñan lo blando de su pie,
Y que la líe con espartos
El mercader de mala fé!.

¡Muy bien le está!... se deschabeta
La chismosilla de arrabal
Y hace llorar á la violeta
Contando tanto y tanto mal.

Una violeta es como un leve
Padrenuestro de boca en flor...
—Padrenuestro llueve, llueve
Que tengo miedo del calor...

El clavel doble tiene mucha
Canela y sangre musical...
Está bailando una cachucha
La macarena más sensual.

La moza baila y se fatiga:
¡Clavel! ¡Clavel entre la miés!...
Carne morena... media y liga...
Rosario... Pura... Gloria... Inés...

El pino dice agorerías
En el silencio matinal:
—Pino albar, ¿cuántos son mis días?
—La cuenta siempre fina mal...

—Pino que rezas en voz baja,
Pino agorero, pino albar,
De pino albar será la caja
En que me han de amortajar.

Caja de pino con retoño
Para enterrar á un rimador...
¡Ah!, que lo entierren en otoño...
Pongan también alguna flor...

El pino dice agorerías
Junto al molino rumiador,
Arriba están las Tres Marías
Oyendo al pino rezador.

El pino dice agorerías
Para el vientiño vesperal,
Los pobres van á romerías
Y el pino reza en su misal...

Trigo que medras en los llanos
Trigo moreno y bailarín,
Son tus espigas como manos
De algún enfermo querubín.

Eres igual á los de Hungría
Volatineros que se van
Rociando ensueño en la alquería
Para tener cecina y pan.

Eres igual á los donceles
Que quieren irse hasta París
Con sus sonetos y rondeles...
¡Pobres!... los pobres Glatignys!...

Ya se ha tornado á la aldehuela
Tanto hijo pródigo huidor,
Con ellos sé como una abuela
Trigo moreno y cimbrador.

Es una vieja avellanada
La zarza oscura del casal
Y pringa el pan en mermelada
Para su nieto el colegial.

La enredadera es morenucha
Novia que aguarda á su galán...
El mozo fuese con la hucha
Por una saya de fustán.

Los jazmineros de flor maja
Vuelan en potro montaraz.
Amantes son de Lindaraja,
¡Cómo galopa su alfaraz!.

El manzanal en la cancilla
Pregona el fruto tempranón:
—Hay tabardilla, tabardilla
Para guardar en el arcón.

Cebada, cáscara de oro,
Eres pastor del Norte... Oíd
Cómo el pastor canta en el coro:
Simget dem Herrn ein neues lied.

.....

¡Ah!, si tuviera mano sabia
De artesano de madrigal,
Finder errante en la Moravia
Y en la Gascuña, menestral .

¡Ah!, si yo fuera algún coplero
De la Azucena de Jhessé,
De corazón cascabelero
En que ha llovido agua de fé.

Yo correría los caminos
En que hay cantáridas y hay sol
Y charcas verdes y molinos
Y aljofarados en la col.

(La mansuetud de la llanada
—Leche á la sombra y felpa al sol—
Es de basílica embrujada
Por una gárgara de oriol.

(Chozas de junco... salen perros
—Ojos de cuarzo con café—
Corre agua limpia entre los berros
Y se la siente y no se vé.

(En las cunetas secas suelen
Las lagartijas dormir y,
Arriba hay élitros que muelen
Una canción de güirirí.

(Van los rebaños corderinos
Paso, pasito, hasta el linar...
Es mes de enero... los caminos
Están borrachos de cantar...)

En los caminos danzarines
Como un alegre corazón
Pondría ritmos en las crines
Que alborotase mi canción.

Una canción por mis amigos,
Una canción por mi canción
Y otra canción para los trigos,
Para los frutos en sazón.

Para las novias que son ramas
Para los niños que son flor
Y los arbustos que son damas
Que se olvidaron del amor.

ENRIQUE J. BANCHS.

EUCARÍSTICA

Á DON CARLOS OCTAVIO BUNGE

Ah! le douceur de vivre indeciblement pur!

EDMOND HARANCOURT.

(L'âme nue)

Genuflexos, ante el altar del Santo Gonzaga, oraban en la gloria de la mañana de Mayo, bañados en polícroma fanfarria de luz, con que el Sol, filtrándose al través de las historiadas vidrieras, innundaba la capilla. En la iglesia, de ese risueño gótico, todo blanco y oro, típico de las residencias de la orden, la Santa Virgen María fulguraba envuelta en un nimbo de llamas. La cabeza de la imágen se inclinaba ambigua, sin que pudiese saberse si era fatigada por el peso de la corona empedrada de diamantes y zafiros—los heráldicos gules símbolo del amor y de la alegría celestiales—ó en un gesto amable de gran dama recibiendo un homenaje mientras con una mano sostenía un Jesús mofletudo y recojía con la otra su manto de rara magnificencia zodiacal. A sus pies la imágen andrógina del franco príncipe Luis, el Santo, alzaba hacia la bóveda tachonada de luceros sus ojos pintados de azul. En búcaros de irisado vidrio, azucenas litúrgicas erguían sus tallos y abrían el virginal enigma de sus flores mientras á entrambos lados del altar descendían como por la escala de Jacob, angélica procesión de concertantes.

Arrodillados en sus reclinatorios, Juan y Jesús, oraban en espera de la reconciliación con que sus almas puras hallaríanse dignas de recibir la visita de Dios hecho hombre. Cruzados los bracitos lazados de blanco, sobre el pecho, alzadas hacia la imágen las cabezas donde aún no anidara el ave siniestra de un mal pensamiento, eras las preces en sus labios como cándidas palomas que dejando el nido volaban hácia el trono de Dios.

Rubio, pálido, de doradas crenchas y pupilas de cielo, Jesús, moreno de rasgados ojos de sombra y ensortijados bucles, Juan—Murillo y Rafael—á la endeble elegancia del primero oponía el segundo la viril petulancia candorosa de sus doce años. Y sus figuras eran trasunto fiel de sus almas, toda ternura, temor y melancolía la de Jesús; toda resolución, apasionamiento y valor la de Juan.

Huérfano, rico, noble, enfermizo, confinado, por el egoismo de sus tutores, en aquel colegio, Jesús, duque de Nazareth, había hallado su defensa, en las luchas de educandos, en la adolescente energía de Juan Jordán, segundón de noble familia provinciana. Eran inseparables los dos amigos; fraternal afecto les unía y la vida deslizábase para ellos feliz, igual, monótona, llena por aquel cariño que les ayudaba á sobrellevar las contrariedades de la existencia de encierro, compartiendo estudios, recreos, devociones, venciendo Jesús la hostilidad de sus compañeros, gracias á la victoriosa y audaz simpatía de Juan, benévolos, á las travesuras de éste, los maestros, ante la intervención del de Nazareth. Asi al volar del tiempo llegó, insensiblemente, el día, deseado con fervor, de acercarse á la Sagrada Mesa.

Un débil llamamiento del Padre sacó á Jesús de su devoto rezar y llevóle á los pies del confesionario; el negro manteo abríase como dos alas negras, inmensas—alas que dicen servir para volar al cielo—aprisionando al Inocente. La mano enjuta, descarnada, dorada de tabaco posóse en la áurea guedeja y la voz pastosa tras breve musitar de oraciones comenzó las preguntas de rúbrica;

—A ver hijo si recuerdas algún otro pecadillo... Piensa que Dios Nuestro Señor que murió por nosotros te hace hoy la gran merced de venir á ti.

Tras un instante de pausa la voz pura negó:

—No, Padre.

—A ver—insistió el cura—Piensa bien... Alguna mentirilla... Alguna falta de respeto...

—No recuerdo, Padre — tornó á replicar.

El confesor se detuvo y miró al niño. La divina claridad que emanaba de sus ojos, ojos *de color de cielo* irradiaba sobre el rostro cándido prestándole un aura de luz.

—¿Papás no tienes, verdad hijo mio?

—No, Padre.

—¿Hermanitos?—interrogó nuevamente.

—Tampoco.

Calló el presbítero de nuevo. Vacilaba; aquel candor que lucía en el rostro infantil le imponía respeto. Sin embargo siguió:

—¿Amigos?... ¿Algún amigo á quien quieres mucho?

Con espontaneidad entusiasta replicó vivaz;

—Si, Padre, uno á quien quiero mucho, Jeck. Es como un hermano.

Los ojos sagaces, fríos, grises, que penetraban cortantes como navajas en la carne escudriñaron al penitente como si quisiesen leer hasta el fondo de su alma. Reflejaba inocencia tal que el jesuita vaciló. ¿Seríale permitido sondear abismos que tal vez no existían?

La pregunta infame detúvose en sus labios un instante y al fin surgió velada.

El niño con los ojos muy abiertos, llenos de temor y asombro denegó enérgico con la cabecita de querube, apretando los labios para no sollozar é inclinando la frente para recibir el exorcismo de aquella cruz que borraría el pecado pero no retornaría el candor perdido.

Nuevamente arrodillado ante el altar esperaba el supremo instante. De lo alto de la bóveda, el órgano dejaba caer sus notas graves, armoniosas; un coro de voces entonaban un Hosana á la gloria del Hacedor. Y el Sol, triunfal, rutilaba en los dorados y espolvoreaba con el iris de sus rayos el recinto Santo. Ante el eucarístico misterio, hasta una docena de niños arrodillados hacían ofrenda de sus vidas. Eran los unos frescos y rosados co-

mo plebeyos frutos, eran los otros pálidos y elegantes como infantes de un legendario país de ensueño. El oficiante revestido con fastuosa magnificencia avanzó hacia ellos sosteniendo en una mano el cáliz de oro incrustado de piedras preciosas y en la otra la hostia, cuerpo de Dios, mientras sus labios murmuraban las preces litúrgicas.

Juan y Jesús habían inclinado la frente entre sus manos y arrobados daban gracias por la alta merced. Pero tal vez la paz había huido de sus almas y algo que no era santo conturbaba su espíritu. Porque hay revelaciones que á semejanza de ciertos trágicos males, con su contacto mancillan una vida entera.

Acabó la misa y fueron á reunirse todos, alegres, locuaces, risueños, con los suyos que les aguardaban en las inmensas galerías.

Juan y Jesús también salieron. A ellos nadie les esperaba. Jordán más fuerte se encojió de hombros y en ademán adorablemente fraternal tendió sus brazos á Jesús. El niño le miró, rechazóle suavemente y se alejó llorando...

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT.

Madrid, Noviembre de 1907.

PROSAS PARA MARGOT

Á MARGOT

Prosas?... Sí, y todas para tí, mi inolvidable Margot. La primera la escribí cuando apenas empezaba á florecer nuestro cariño, y la última, ah!, la última, bien sabes tú que me ha costado muchas, pero muchas lágrimas! Hoy cuando nuestras miradas vuelven á encontrarse, hallamos en ellas una infinita tristeza; pero esta tristeza, ¿á qué negarlo?, nos es melancólicamente agradable. Después de tantas agitaciones como hemos experimentado, después de tantas y tantas recriminaciones como nos hemos dirijido, después de haber atravesado, como lo hemos hecho, triunfalmente, el peligroso bosque de nuestros amores, dejando entre sus zarzas muchas ilusiones, justo es que retorne hacia nosotros esa dulce pasividad que adormece las almas después de las grandes borrascas.

Porque nuestros amores, encantadora Margot, estuvieron llenos de peligros y de misterios. La luz resplandeciente del sol no iluminó jamás la pecaminosa sonrisa de tus labios y el beso que los míos depositaban en la rosa sangrienta de los tuyos, tenía siempre que buscar la enfermiza obscuridad de la alcoba. Fuímos criminales, lo confieso, pero no arrepentidos. Había algo de refinadamente perverso en nuestros deliquios carnales. Sabíamos que otro sufría mientras nosotros gozábamos y esto, acrecentaba y multiplicaba nuestras sensaciones. Muchas veces, en medio de la noche, abriendo desmesuradamente los ojos en las

tinieblas, solíamos contener nuestros suspiros para escuchar. Y oíamos, sí, oíamos pasos sigilosos deslizarse sobre las baldosas del patio; manos temblorosas que tocaban quedo, muy quedamente el pestillo de la puerta que nos resguardaba, al mismo tiempo que adivinábamos el roce de una oreja aplicada á la cerradura. Y nuestros labios, con un terror lleno de voluptuosidad, murmuraban, es él, sí, es él. Luego, el rumor producido por aquellas manos cesaba, los pasos iban, poco á poco, perdiéndose á la distancia, hasta que minutos después, una tos seca, vieja, lamentablemente cascada y decrépita, nos anunciaba que estábamos fuera de todo peligro. Y entonces, con esa brama de lujuria que azaetea y punza los nervios cuando el placer ha sido interrumpido; con esa rabia del deliquio que hace estremecer la carne y crujir los huesos; con esa tensión furiosa que obliga á los brazos á entrelazarse y á los muslos á estrujarse cual si quisieran fundirse los unos con los otros, el espasmo llegaba con toda su divina y luminosa cohorte de delicias.

Oh! Margot, nuestras noches han sido licensiosamente encantadoras. Hemos bebido todos los vinos en la copa de nuestra dicha. Nada, absolutamente nada se nos ha olvidado y el poema entonado por nosotros á la carne, con nuestra misma carne, no será jamás superado por nadie.

Justo es pues, que este libro sea para tí .En él hallarás relatada toda la odisea de nuestros delirios nocturnos, en él hallarás todo aquello que te fué grato y todo aquello que halagó, no mi espíritu, que siempre fué triste, sino mi cerebro. Porque á tí, bien te consta, jamas pude amarte con ese amor místico que Petrarca inmortalizó en sus versos luminosos...

* * *

Tus caricias, Margot inolvidable, fueron raras y complicadas. Días hubo en que sólo me besaste en la frente como si temieras mancharte con el contacto de mis labios. En esos momentos un ténue incomprensible rubor solía cubrir tus mejillas y más parecías una virgen temerosa del pecado que la mujer criminal que, en no lejanos tiempos, había llegado hasta el amor sacrílego.

Y ésta ductilidad amorosa que poseías para transformarte á tu antojo, era casualmente lo que más me agradaba en tí.

Mucho dudé al principio de la sinceridad de esos cambios repentinos, pero tuve que convencerme al fin. En el breve plazo señalado para nuestras relaciones fuiste siempre la misma. Si me engañaste no puedo menos que agradecerte ese engaño que me hizo tan feliz, tan feliz, que aun hoy, cuando mis ojos te miran creen hallar en los tuyos algo de esa virginidad y de esa lujuria que sabías ofrecerme cuando me besabas ...

José Pardo.

BAJO LA ANGUSTIA

Dijo anoche su canto de muerte
la canción de la tos, en tu pecho,
y al mojarse en las notas rojizas
mostró flores de sangre el pañuelo.
¡Pobrecitas las carnes fatales
consumidas por fiebres de fuego,
para ellas las buenas, las tristes,
tiene un blanco sudario el Invierno!
Mira: abrígate bien, hermanita,
mira: abrígate bien, yo no quiero
ver que cierre tus ojos la bruja
de los flacos y frígidos dedos.
Hermanita: me invade una pena
al oirte gemir, que presiento
las postreras, nocturnas heladas,
las temidas del árbol enfermo...
¡Si supieras!... blandones sombríos
me parecen tus ojos tan negros...
y tu lívida faz taciturna
un fatídico heraldo de duelo.
¡Si supieras! A veces me asaltan
tus visiones sangrientas; no duermo
al pensar, en mis ratos horribles,
que te pasas la noche tosiendo;

al pensar en tu vida deshecha,
cuando miro esfumarse en mi ensueño
tus nerviosos esguinces de insana,
y moverse y cruzar tu esqueleto...
... Hermanita: hace frío, ya es hora
de los suaves calores del lecho,
pero cambia la colcha... esa blanca
me recuerda el ajuar de los muertos!...

AL PASAR

Ella salía del taller, pensando
en la madre que enferma la esperaba
para alentar de nuevo á media noche
el monótono canto de la máquina.

El volvía del Club. Viejo vicioso,
á veces su senil ardor buscaba
con aire de sultán, aunque era eunuco,
los serrallos que ofrece la desgracia...

Y de pronto la vió. Con un incendio
de bestial delincuencia en la mirada
y como un usurero del deleite,
calculó el precio de esa carne aciaga.

La detuvo, y hablándola al oido,
temblando su deseo en las palabras,
¡quien sabe que le dijo el miserable
que llena de asco le escupió en la cara!

EVARISTO CARRIEGO.

LA CORTE DE LOS MILAGROS

Peter Pardiggle is one of those men who cannot believe three and seven are ten.

TOM HOOD.

Peter Pardiggle miró las mesas del café, buscando á alguien.

—Chist!, Aquí!, gritó con apresuramiento una vocecita desgarrada, enferma.

Y Peter fué á sentarse junto á sus compañeros de la víspera, de hoy, de mañana, de siempre. Eran los inseparables. Un desprecio mútuo los ligaba. Esa inversión del evangelio tenía para ellos la fuerza de una necesidad. Debían sonreírse á horas determinadas, dejando serpentear frases sobre esfuerzos agenos. Debían calumniarse las restantes. El incidente, el detalle, había formado aquel grupo que el dicho de un bohemio borracho bautizara con el nombre de «Corte de los milagros». El dicho tuvo el éxito de lo prohibido; hízose patrimonio de muchos; quedó.

La «Corte de los Milagros» sesionaba cuotidianamente en algún café, en cualquier café. Exigían sus espíritus fuera en alguno muy concurrido. La ilusión de que ojos distraídos los seguían en sus gestos, hacía de aquella corte, una corte de autócratas.

—Mozo, un wisky!

—Te has mojado mucho?

—No, un poco.

—Es un tiempo perro, me revienta.

—El médico me ha recomendado me cuide mucho. Pero, quién

demonios hace caso á los médicos. Al fin y al cabo, ¿qué me importa? Debo morir una vez.

—Es verdad; sin embargo, morir desconocido es muy triste.

—Tienes razón, es muy triste, muy triste...

Azotó un *algo* el grupo. Sintieron el miedo de la nada, de no ser nada. Peter, encendiendo su pipa fué siguiendo con mirada indiferente una bocanada de humo que en giros siempre más extensos fué perdiéndose. Luego, por la indiscreción de un ancho vidrio vió cruzar la calle, esfuminados, borrosos, muchos cansancios, caras tal vez pálidas, curvas angulosas, incompletas. Sus compañeros sentían el silencio interior, el más terrible de los castigos. Las charlas de los demás eran insuficientes para despertarlos. Parecían unos perfectos egoístas.

Peter, mientras se servía con cuidado de químico su wisky, abarcó aquellos tipos de su obras posteriores. En una testa descubierta para que apreciaran sus cabellos de una rebeldía dorada, en una testa en perpétua agitación por fabricar frases que valdrían un ademán, veía un neurasténico que debía llenar un cuento extravagante, un cuento manchado de psiquiatrías. En un sombrero de anchas alas sombreando una vanidad y una corbata flotante, vaporosa, sirviendo de marco á un rostro que por haber dicho alguien recordaba á Zola, veía siempre retratado en los espejos del salón, analizaba recuerdos de páginas de Murger y evocaba París, sus hospitales, y muchas existencias más dolorosas que una maternidad trunca. En una mancha amarillenta de líneas bruscas que estereotipaban una risa enorme debajo unos ojos tan abiertos que parecían nunca alcanzaran á ver, reconocía un moralista, y moralista era porque siempre rezaba estupideces y lógicamente puro, un alma de destilaciones sucesivas, llena de los sanchismos que se escuchan con benevolencia y con benevolencia se les concede autoridad. Y por fin, en una barba rala, descuidada, una boca de cerco circunflejo, una vocecita desgarrada, enferma, lacras de vicios infames, unas espaldas arqueadas, estrechas que se ensanchaban en busca de una ruptura final, para vomitar una tos implacable, estaba el tema de un artículo, donde concluido iba á vivir el proceso de una enfermedad de la decadencia. Peter volvió á adivinar por el vidrio otras caras. Las del café,

como las de los *suyos*, eran casi todas nobles, hubieran honrado la corte de los milagros.

Irrumpió un pilluelo, una pincelada impresionista de arrabal, y gritó el nombre de un periódico, el título de un telegrama; interrogó con la mirada, una mirada de hartazgos precoces... Desapareció temiendo la total muerte del día y con ella, las indignaciones de algún artículo de fondo.

—Gavroche! sonrió el sombrero de anchas alas.

—La larva del crimen!, pontificó la testa rubia...

Habían roto el silencio.

—La larva del crimen! Esos chicos son de la especie de los sub-hombres. En su ambiente se llama amor el revolcar de carnes mugrientas, de carnes cansadas que la naturaleza ha privado de espíritu, como á la tierra para que se fecunden mejor, para que no comprendan más allá de la mecánica de la fecundación. No conocen el odio; obran á impulso. Esos chicos conocen todas las infamias porque las adivinan; la escuela, si la han cruzado, les deja al recuerdo del yugo; un maestro, y me pongo en el mejor de los casos, un verdadero maestro que no ha tenido la debilidad congénita de ser pedagogo, les ha enseñado á leer, á escribir, les ha hablado... Bah! la larva. Haré algún día la disociación de la larva, una psicología minuciosa y demostraré cómo se genera el crimen, un crimen completo. Cuando aparezca mi obra, donde se hermanarán sin obstruirse Verlaine, Ibsen, Sade y Mallarmé nadie se atreverá á discutir la existencia de la literatura nacional...

—Lo que vos debías hacer es concluir primero tu drama, insinuó la vocecita desgarrada.

—Mi drama? Había concluído un acto y lo rompí. He cambiado de tesis. La *otra* parecía copiada de *Fecondité*. La *nueva* es completamente contraria. Sostengo que todo matrimonio no debe tener más de un hijo para que educado con mayor suma de cariños y de cuidados, forme una raza fuerte, superior. La despoblación consecuente de mi tésis, hará el mundo mejor, más apropiado para la felicidad. El reparto de medios será mucho más fácil. Un argumento no sé si original, pero digno de serlo. Si el niño muere, es porqué es débil, la educación estaba mal encaminada. Es

necesario reanudar de nuevo. Ni una escena para el público. Hablaré á cada espectador. Hay una madre que reclama la muerte del hijo que se agita en sus entrañas; ya tiene uno, es demasiado.

—Eso dará lugar á un escándalo!

—Mejor que mejor; el escándalo es lo que debemos ambicionar para abrirnos paso.

Es preciso que formemos el auditorio, que llamemos la atención. Cuando la espectativa exista, entonces hablaremos. Debemos preocuparnos de nosotros. Con dos ó tres dramas me pongo á la cabeza de los autores nacionales.

—Y si te silvan?

—Publico la obra.

—Y el editor?

—Ya lo encontraré. Una serie de artículos rajantes contra el público, me aseguran editor.

—Yo se lo mandaría á Zacconi.

—Magnífico. Peter me lo traduce al italiano y lo mando. Figúrate la sorpresa cuando salga en los diarios un telegrama: «Exito de un autor argentino». «La vita nuova», el título de mi drama y mi nombre intrigue á los periodistas y me busquen. Crónicas, interview, caricatura en *Caras y Caretas*, cabeza conocida en *Pulgarcito*. Y con ese triunfo á París, á la *cité lumiére*, á conquistar aquéllo. Y modestia aparte, allí está nuestro puesto en el combate. Los cinco allí...

—Los cuatro: Exclúyanme á mí.

—Bueno, los cuatro, Peter no viene. *Les américains*, los rayos de la indiada. Hasta podríamos hacer libros para el *Mercure*.

—Sí, ché, Lugones y Rubén Dario se repiten. Hay que renovarlo todo. Nuevas formas, nuevas escuelas. Es la ley fatal, los nuevos deben luchar con los viejos. En literatura, un año da patente de vejez. Creo que debíamos empezar por una revista...

—Es una idea que tengo hace mucho tiempo y que debemos realizar. La llamaremos *Lumen*. Un nombre que á tasarsé bien se tasa en veintinueve dineros. *Lumen* será una bandera. Allí tendría cabida tu obra, Peter.

—Mi obra la publicarán los *otros*, se publicará sola... murmuró Peter. Su obra era *él*, no quería que la tocaran. La había escrito

viviéndola. Heredero de una fé católica había sido internado en una escuela donde los lobos negros le mataran la voluntad. Una rebeldía postrera hizo le expusaran. Escuchó muchos profesores, leyó cuantos libros pudo. Se hizo un negativo. La vida era solo una cosa curiosa, apenas digna de la curiosidad. Nada existía de más estúpido que la linterna de Diógenes. A los juicios que pretendían pesarlo, les hacía el desprecio de creerlos sinceros. Vivir una ilusión entre ilusiones, era un martirio infinito, un martirio místico que debía sufrirse para estudiar sus fases sucesivas que encierran un nuevo elemento propio para reforzar un sedimento que desconocemos, que desconoceremos, pero que integra un móvil también desconocido. Desde que adquirió la convicción de que las cosas tienen alma, quiso ser del alma de las cosas. La labor de los hombres nunca logrará ni una verdad, ni la verdad. Fabricará tal vez una lógica, es decir, lo exterior, el armazón, jamás el contenido. Por eso Tom Hood, lo definió: «Peter Pardiggle is one of those men, who cannot believe three and seven are ten». Su obra era una mole de dudas, una oración de creyente. El no quería que sus compañeros la manosearan, no quería darles el placer de elaborar una crítica. Daba valor á los críticos, porque como ciertos microbios transforman cuerpos primarios haciéndolos asimilables á la vida, pero los suponía los más pequeños de todos los indignados.

—Está bien, te los guardás. Los versos tuyos, César...

—Hoy los he aumentado con una salutación á una desconocida, se apresuró á decir la vocecita desgarrada.

Que los lea, reclamó el sombrero de alas anchas.

Y César, sin hacerse de rogar se preparó á leer á la corte las cuartillas. Peter se despidió, su esposa lo esperaba, era tarde. Encendió su pipa. Lentamente desapareció de la radiación que las luces del café proyectaban en la vereda. Sin apresurarse, sin incomodarse por la llovizna que le alfiletereaba el rostro, iba madurando párrafos del artículo sobre un vicio de la decadencia. Empezaba á amar la noche.

JUAN LUIS FERRAROTTI.

EL CANTO ERRANTE

DE

RUBÉN DARÍO

No alcanzo cómo en nota bibliográfica se pudiera informar sobre un libro de Dario.

Probar á transmitir esos secretos de alta melodía, me parece una crasitud tan deplorable, como la del yanky Edison cuando inventó su malhadada trampa para dar caza á músicas errantes.

Los de oido y alma finos, los que no tengan excesivas orejas académicas que sacudir bajo el susurro de «El Canto Errante»: alléguense á la nueva obra maestra.

Con figurar en ella cantos de antigua data, la emoción de frescura se sostiene en cada página. Gran prueba ésta á que Dario ha sometido las tempranadas de su canción. Sobre el bronce puro de las más recientes, ninguna de sus poesías remotas produce hoy timbre equívoco que pudiera desvalorar el oro primigenio. No hay duda sino que para ciertas alondras no transcurren los inviernos.

Yo iría á más y diría que la verdadera música es eterna, ya que jamás he podido concebir la diferencia de dulzura entre una nota recién nacida y otra de ancianidad inmemorial, como las dos sean de abolengo pitagórico.

Con que no siendo avenidero con mi horror al fonógrafo, el profanar en prosa las bellezas del verso, dejo de mano el detalle de las 47 poesías que forman «El Canto Errante»; y me quedo afuera con sandalias, dado á remirar en el prólogo las líneas majestuosas de ese pórtico.

Ante todo advertimos que bajo la gracia de esas frases, se impone la severidad de fórmulas que simbolizan el alto pensar contemporáneo sobre asunto de letras, cualesquiera que sean los paisajes y las almas cuya conjunción aspira á exteriorizarse en valores permanentes de arte.

Las declaraciones que Dario sintetiza en ese prólogo, traen el eco suave de una voz abrillantada por claridades de colina olímpica, adónde ya no llegan los ululatos de los caciques despojados de las tolderías de su retórica por el triunfo de la estética moderna.

En la hondonada ha chillado mucho gozque y los mastines guardianes del tesoro de la lengua quisieron desencadenarse tras los perturbadores de su modorra: pero sin que por todo ese berrinche perdieran una cuarta de avance hacia la cumbre los audaces foragidos.

Dario siguió su marcha. En su ascensión solo hizo rostro tres veces á sus críticos, «porque éstos se llamaban Max Nordau, Paul Groussac y Leopoldo Alas". Habló y siguió cantando: no sin tener antes el rasgo hidalgo de invitar á sus amigos á no seguirlo en el peligro. (Prólogo de «Prosas Profanas».—1897).

Hoy en el prólogo de «El Canto Errante» se afronta otra vez contra algunos reductos de *cierta especie de retórica;* pero su voz viene endulzada por cariñosa serenidad. Limpia de culpa de odios, se adivinan en ella los roces de los rasos suavizados en la opulencia del hombre hecho á respirar la soledad.

En la música de su visión, su palabra denuncia una mirada respetuosa ante el panteón de ilustres sagitarios españoles que le combatieron con nobleza. Luego mira de soslayo al crítico incidental, y en vez de darle cantaleta, lo deja en guardia ridícula, mientras él eleva sus pensares á una altura dominante de espacios y de tiempos.

Y si habla de la poesía amenazada por Gedeón, nos dice: «La

forma poética, es decir, la de la rosada rosa, la de la cola de pavo real, la de los lindos ojos y frescos lábios de las sabrosas mozas no desaparece bajo la gloria del sol..... Aplaudamos siempre lo sincero, lo consciente, y lo apasionado sobre todo..... Siempre habrá poesía y siempre habrá poetas. Lo que siempre faltará será la abundancia de los comprendedores.»

Y á los que le metejan por dogmático é impositor de formas personales, replica: «Aristos para mí, en este caso, significa, sobre todo, independientes. No hay mayor excelencia. ..... No gusto de *moldes* nuevos ni viejos..... Cuando dije que mi poesía *era mía en mí*, sostuve la primera condición de mi existir, sin pretensión ninguna de causar sectarismo en mente ó voluntad agena, y en un intenso amor á lo absoluto de la Belleza..... Ser sincero es ser potente..... Amador de la cultura clásica, me he nutrido de ella, mas siguiendo el paso de mis días.....Como hombre he vivido en lo cotidiano; como poeta, no he claudicado nunca, pues siempre he tendido á la eternidad.»

Y los que se andan por ahí á fuer de sobrios, que yo diría impotentes, haciendo alharacas porque se da coturno á las palabras y aderezos al estilo, vuelvan á su trailla y oigan ésto, ¡por Dios!:

«Jamás he manifestado el culto exclusivo de la palabra por la palabra..... La palabra nace juntamente con la idea, pues no podemos darnos cuenta de la una sin la otra..... La palabra no es en sí más que un signo, ó una combinación de signos; mas lo contiene todo por la virtud demiúrgica. Los que la usan mal serán los culpables si no saben manejar esos peligrosos y delicados medios. Y el arte de la ordenación de las palabras no deberá estar sujeto á imposición de yugos, puesto que acaba de nacer la verdad que dice: el arte no es un conjunto de reglas, sino una armonía de caprichos..... Yo no soy iconoclasta.—¿Para qué? Hace siempre falta á la creación el tiempo perdido en destruir..... Construir, hacer, ¡Oh juventud! juntos para el templo; solos para el culto.»

Muy de propósito he transcripto esas frases, porque vienen de perillas para la literatura sudamericana, donde el prejuicio aun ocupa reductos coloniales. El estado de nuestras letras puede partirse en dos bandos: los que siguen al clasicismo español in-

consciente y servilmente; y los que siguen á los innovadores sin comprenderlos, y también servilmente. Salvo contadas excepciones, los más se están á escribir mal lo que los demás han escrito muy bien, sean estos antiguos ó modernos.

Gran culpa de esto la tienen muchos profesores de literatura, quienes aún enseñan á sus discípulos á pensar según que se le ocurrió al señor don José Mamerto Gómez Hermosilla, y no más. Baste decir que en casi todas esas cátedras se concluye el año sin haber siquiera mencionado la estética.

Las modalidades del alma moderna no van en cuenta cuando se alza la férula de los preceptos para ordenar palabras y vestir ideas. En muchas de esas aulas no se inicia al discípulo en la divina equitación. Se le hace palafrenero de acémilas, pero no ginete de Pegaso.

Los desbarros dictatoriales del profesor no sufren contrarresto. Es verdad que algunos de los jóvenes que furtan el cráneo á ese casquete deformador, buscan amaño en filas insurrectas, pero sin atreverse á lanzar el pensamiento por la trochita única, por la trochita solitaria que á cada persona reserva su destino para asomarse á ver la vida.

A fuerza de sustos y aspavientos, los catedráticos enferman del corazón á la tímida pollez, hasta el punto de convertir en gansos los que pudieron ser cisnes.

Felizmente, en Sud América hay ya un buen núcleo de renegados que no llevan en paciencia dictaduras y se han resuelto á *tener el valor de tener talento* y pensar con la cabeza que llevan sobre los hombros .

Rubén Darío fué el iniciador de esas audacias; y tiene en abono de su gloria un mérito harto escaso en el gremio de redentores: redimir sin pretensiones de reesclavizar.

Mucho por egoismo—y conste que el egoismo es encomiable — y lo demás por despique del cargo de sectarismo hecho á Darío, no resisto á transcribir el admirable soneto con que el poeta se sirvió agraciarme. Este corto poema de ideal supremo, de ideal universal, dice bien adónde hay que ocurrir en busca de retórica, y en sus catorce líneas desenvuelve la única que hoy pudiera llamarse escala de Jacob:

Eduardo: está en el reino de nuestra fantasía
El pabellón azul de nuestro rey divino.
Saludemos al dios en el pan y en el vino,
Saludemos al dios en la noche y el día.

Todavía está Apolo triunfante, todavía
Gira bajo su lumbre la rueda del destino
Y viértense del carro en el diurno camino
Las ánforas de fuego, las urnas de armonía.

Hundámonos en ese mar vasto de éter puro
En que las almas libres del cautiverio obscuro
De la sombra, celebran el divino poder
De cantar. Tal será nuestra eterna retórica.
En tanto suena la música pitagórica
Y brilla en el celeste abismo Lucifer.

También me he complacido en reproducir algunos de los hermosos consejos de altivez que el prólogo contiene, á ver si cunde la tendencia de peregrinar sin lazarillos y no seguir haciendo fisga de rótulos agenos en todo autor que se resuelve á ser sincero con el sol.

Soy un gran convencido de que los sudamericanos, como pueblos que habrán de ser cosmopolitas, tenemos que estudiar muy á fondo las literaturas extranjeras, y en especial la clásica española: pero creo también que nunca haremos letras propias siguiendo escuelas importadas ni aborígenes, sino perseverando en el tesón de hacer y respetar la obra individual.

Los que estén bien hallados con la obediencia cadavérica, huélguense en ella; pero respeten nuestra convicción de que para llegar á la avenida de los laureles, es preciso ir cada cual *solo su alma* y cada cual por su senda.

EDUARDO TALERO.

LETRAS ARGENTINAS

«El Derecho» por CARLOS OGTAVIO BUNGE.

En esta misma sección me ocupé meses pasados de la obra extensa y variada del doctor Bunge. Formulé entonces ciertas reticencias sobre las que no es del caso insistir. Tócame ahora al contrario rendir cumplido homenaje á este nuevo libro del infatigable escritor, que así por su extensión como por su contenido impone el más franco respeto. Justo es que alabemos la laboriosidad intensa en esta tierra donde andan tan escasos los hombres de gabinete y tanto menudean los doctores poco menos que analfabetos. Cuando alguien como el señor Bunge se recluye espontáneamente para producir un libro como *El Derecho*, libro de doctrina y de pensamiento, que supone una ímproba labor de años, es menester abandonar la sonrisa irónica, arma perversa de quienes no pueden ni saben producir.

Esta última obra del señor Bunge, aunque en general de índole didáctica, aspira sin embargo, á un título más elevado: en ella el autor ha expuesto teorías personales que débense considerar como un bello esfuerzo de pensamiento, aunque presentaren puntos flacos á la crítica.

Mi propósito no obstante al trazar estas breves notas no es sinó el de ocuparme de un único capítulo del libro que más que ningún otro ha despertado mi interés. La índole especial de esta sección, consagrada exclusivamente á las letras me excusa de que no me detenga en un examen minucioso de la obra entera. Deseo sólo

ocuparme de una personal teoría del señor Bunge sobre la ética, á cuya concepción sin duda ha dedicado sus más largas vigilias. Me tomaré la libertad de juzgar esta teoría con el más superficial criterio de *literato* (en el sentido más despectivo de la palabra), sin citar textos ni apadrinarme con respetables autoridades: la erudición intempestiva embrolla las cuestiones é impide concretar el pensamiento en unas pocas ideas inteligibles.

El señor Bunge en el último capítulo de su libro, después de analizar brillantemente los dos principios antitéticos de la ética contemporánea, el ecualitario en occidente y el antiecualitario en oriente, funda sobre estas consideraciones preliminares su esbozo de un *sistema positivo de ética.*

El señor Bunge es incuestionablemente un espíritu sistemático, sin que esto envuelva una censura sino una sincera opinión sobre una especial característica de su mente. Gusta hasta con exceso de ordenarlo, de clasificarlo, de encasillarlo todo. A este respecto ha tenido varias veces en sus diversas obras aciertos admirables; pero en ocasiones ha incurrido también en el grave defecto de generalizar con extremada rapidez. Con este necesario precedente se comprende desde ya que la ética que paso á analizar está perfectamente sistematizada y ordenada en claros aforismos.

El primero de sus principios es el cristiano «amarás á tu hermano y semejante». De la semejanza específica nace la simpatía humana que vincula los intereses de los hombres y los grupos, formando ciclos: la familia, la clase, la patria. La simpatía estará pues en relación con la cohesión del ciclo y la mayor afinidad de sus miembros. Como se ve, nada nuevo por el momento. Pero el señor Bunge introduce en su moral un sentimiento desechado por la vieja moral igualitaria: introduce el odio como elemento útil y aún necesario. Hay mucha razón en ésto: «El amor al enemigo es una falsa orientación ética». Y de aquí parte otro principio: «Desconfiarás del extraño y odiarás al enemigo». El señor Bunge prevee la objeción: ¿cómo distinguir al extraño y al enemigo del hermano y el semejante?, y para ello nos dá varios criterios.

El señor Bunge está íntimamente convencido de la verdad de su

teoría y la formula en frases seguras y vigorosas. Escribe: «No desconfiar del enemigo, no poder odiarle es una prueba de debilidad y de decadencia: ¡he ahí lo que todo pueblo fuerte y grande debe decirse y predicarse! La gran obra moral de fines del siglo XX ó acaso del XXI será, según mi tema, dar un criterio y un regulador al Odio. En las escuelas europeas llegará á enseñarse á odiar como en las japonesas.»

Sinceramente confieso que todo esto me encanta. Cualquier idea novedosa aparte su valor como idea, tiene un valor artístico. Si se admira una hermosa frase, un verso sonoro, desprovistos de toda otra utilidad que no sea la del placer intelectual que reportan, ¿por qué no ha de admirarse una hermosa idea, aunque falsa? Toda bella paradoja, bien que llegue al absurdo, encierra siempre un mérito inapreciable como expresión de un no común esfuerzo de pensamiento. Es algo así como un bello gesto completamente estéril.

De los dos susodichos principios derivan algunos aforismos prácticos: los choques de intereses con los hermanos y semejantes se solucionarán por la paz, la lealtad y el amor; los con extraños, y enemigos en favor propio y en el modo que más convenga, por la razón ó la fuerza.

Que el señor Bunge me perdone, pero yo creo completamente inútiles estas construcciones sistemáticas. Una ética de esta índole podrá ser una constatación de hechos, acaso lo es la misma que tratamos, mas no una propulsora de acciones. ¿Qué eficacia moral han de tener esos principios abstractos: «ama al hermano; odia al enemigo»? Pero, ¿cuál es mi enemigo? Al señor Bunge no se le oculta que bien puede odiarse á un coasociado y amar á un extraño; pero resuelve la cuestión en una forma á mi ver inadmisible. «La ética, nos dice, debe enfrenar ó moderar la aversión al coasociado y la simpatía al extraño.»

El sistema evidentemente es de un intelectualismo exagerado y sin arraigo en la realidad. Nuestra moral depende de nuestra sensibilidad y no de nuestras ideas. No es por principios metafísicos que nos guiamos sino adaptándonos á las diarias contingencias de la vida. Ese mismo principio de amor universal incrustado desde siglos en nosotros no tiene ninguna eficacia moral cuando

choca con nuestros intereses. ¿Ha impedido tal vez que los franceses odiaran cordialmente á los alemanes después del 70? ¿E impedirá el principio del odio que el señor Bunge proclama, que mañana los japoneses, hoy adversos á los blancos, se inclinen á ellos determinados por motivos más poderosos que todas las enseñanzas que se les inculcan? Llegar como llega el señor Bunge á querer *graduar* el Amor y el Odio según casos y personas, escalonando una serie de valores afectivos que arranquen del cariño de los padres á los hijos para llegar al caso opuesto de la enemistad bélica, me hace el efecto de pretender trazar caracteres en el vacío.

El señor Bunge cree que nunca llegará á constituirse la obligación moral en una manera tan espontánea y orgánica de obrar, que pueda considerarse como una forma fatal de la actividad de todos y de cada uno. Pero como su ética no se detiene más que en fijarnos los dos polos de nuestra acción individual y colectiva, exigiéndonos para los unos el amor, para los otros el odio, paréceme que esos dos sentimientos tan humanos, tan primitivos, no necesitan de obligación moral alguna, pues radican en el fondo de cada cual y sí constituyen en nosotros «una manera orgánica de obrar».

Dejo esbozada la crítica en estos pocos rasgos generales, habiéndome únicamente movido el interés que me inspira la producción del señor Bunge, á detenerme más de lo usual sobre la teoría expuesta. Podría haberme limitado á algunas frases vagas de elogio: He preferido en vez abrigar algunas dudas sobre ciertos puntos, de lo que no ha de habérsela á mal seguramente el autor, cuyo interés, supongo, está en que se discutan sus opiniones, cosa que, justamente, no se acostumbra hacer aquí con libros de la índole de *El Derecho*. Esta obra seria é intensa, clara en la exposición, apreciable característica de todas las del mismo autor, segura en el método y original por sus ideas, representa un esfuerzo que, estoy seguro, no será apreciado como fuera de desear. ¿Cuántos son los que se leen 500 páginas que representan el pensamiento de un escritor de la tierra? Sin duda deberá venirnos una vez más del extranjero alguna voz de aplauso para este interesante removedor de ideas. Porque este es ciertamente

el mérito del señor Bunge, de quien ya es tiempo que se deje de alabar sólo su *laboriosidad*, fácil escapatoria que atestigua la pereza del crítico que dejó sin cortar las hojas del libro.

El señor Bunge piensa y trabaja. Si se ha equivocado alguna vez, también ha acertado á menudo, y esto último compensa aquello, mejor dicho, lo implica. *Nuestra América* y *La Educación* hablaban ya de un espíritu que se salía de lo común. Esta última obra *El Derecho* confirma la opinión. Invito á los verdaderos entendidos en la materia á decir su palabra.

«Borderland» por ATILIO M. CHIAPPORI

«Mi arte debía ser de una simplicidad natural en la descripción exterior, y el resultado de un análisis minucioso, de innumerables observaciones en lo espiritual..... Es decir: verista no sólo en las representaciones visibles,—escenas, actitudes, fisonomías, — sino también en las realidades de la vida interior — conflictos sentimentales ó morales; de suerte á dar, en una síntesis preponderante, la exactitud del momento dramático.»

Estas palabras puestas en boca de un personaje de *Borderland* resumen seguramente las aspiraciones artísticas del señor Chiappori. El ha tratado de darnos un libro que aunase la observación más prolija de los fenómenos objetivos á la de los más fugaces estados de conciencia, con el objeto de circunstanciar en cada instante el drama interior y exterior que viven sus personajes. Y casi siempre lo ha logrado. El señor Chiappori, con una probidad artística completa, nada descuida: ni las actitudes, los gestos, las expresiones, los incidentes triviales caracterizadores de toda una situación, ni el más escrupuloso análisis subjetivo cuando es menester.

Esas almas trágicas ó anormales que atraviesan el libro, abrumadas de misterio, las ha puesto al desnudo. Viven. Las vemos gesticular. A través del entrecejo que se frunce, del rostro que se contrae en una ambigua sonrisa, del ojo que echa una mirada aviesa, se nos perfilan, netos y claros, un pensamiento, una intención, un complejo estado espiritual.

El señor Chiappori ha arrancado sus tipos á los libros de psiquiatría. Los desequilibrados que ambulan por sus cuentos, son al-

mas llenas de sombra. Lindan con el más allá, con ese inmenso océano de misterio que bate á nuestras orillas. *Borderland*..... «Tierra de confin»..... Me atengo por un instante al titulado *Un libro imposible*. Es una extensa narración, casi una corta novela, obsesionante y extraña, hábilmente tramada, en la que gesticula sus rarezas de manicomio el protagonista, Augusto Caro. Obsesionante y extraña he dicho. En efecto el señor Chiappori con singular pericia ha sabido rodear su narración de un aire tal de horror que por momentos el relato adquiere matices verdaderamente poeianos.

Ciertamente esta clase de literatura no es nueva; pero sí lo es la forma altamente personal con que se nos presenta en *Borderland*. Personal sobre todo es el estilo del señor Chiappori, un estilo trabajado, sutil y preciso. Preciso en el epíteto, nunca vulgar y siempre usado con sobriedad: preciso en la arquitectura de la frase, delineada con esmero de artífice. En todo el libro campean unas nobles maneras de buen señor de las letras.

El señor Chiappori, inquiridor curioso de hechos mórbidos, ha puesto en alguno de sus mejores cuentos todo un caso científico, ocultando su triste aridez con el ropaje elegante de su fino arte. *Un libro imposible* por más que finalice con una inconvincente escena de una exageración de cuento fantástico—¡pero tan hermosa, tan original!—á ella llega empero por un ingenioso razonamiento lógico. Esa última escena remata el curioso desarrollo de una teoría en boga, sabiamente aprovechada, la teoría somática de las emociones, que, con una claridad en que el arte no daña á la exactitud científica, expone el señor Chiappori en unos pocos párrafos de un tecnicismo riguroso. Abundan además en el libro y en esa primer novela principalmente, mil peregrinas teorías, mil observaciones psicológicas de no escaso valor, que acreditan en el señor Chiappori un espíritu penetrante y reflexivo.

Más vulgar encuentro el caso relatado en *La corbata azul*, ya explotado otras veces. Sin embargo, el cuento, como todos los del libro, es una página bien hecha. Porque esa es precisamente otra de las encomiables características del señor Chiappori: su arte en componer los cuentos. Las partes en ellos están siempre sabiamente distribuidas: la presentación de los personajes, las cir-

cunstancias ocasionales, el diálogo, la acción culminante. Y á este propósito no quiero referirme sino al cuento de menor mérito del libro, al titulado *Mademoiselle Gavroche*, que en toda la insignificancia de su argumento, está construído con una maestría reveladora á las claras de la mano de un verdadero artista.

El señor Chiappori se ha estrenado con una obra aristocrática y refinada, por consiguiente poco accesible al vulgo, pero que ha de darle entre nuestros escritores la posición que bien merece. Este *Borderland* es una flor extraña: es un libro demasiado doloroso. Sobre sus páginas se cierne una atmósfera malsana. Por eso, expresando una opinión puramente personal, sin pretensiones de despacharla como receta, gustaríame que el señor Chiappori se apartara desde ya de esta literatura anormal, y nos diera con su estilo tan propio, tan inconfundible, algún otro libro,—como decirlo?—más sano, más *humano*.....

«Almafuerte» por JUAN MAS Y PI.

Siempre han sido descuidados en el país los estudios de aliento sobre tal ó cual escritor, sobre éste ó aquel aspecto de nuestras letras. Bien sé que en general ellas valen muy poco, mas no á tal punto de no presentar lados interesantes para la curiosa mirada de los que á tales estudios gustan de aplicarse. Ha tiempo que murió Juan María Gutiérrez, quien tanta luz arrojó sobre la poesía argentina de las primeras décadas del siglo, y nadie hasta la fecha lo ha sustituído. A lo más pueden citarse algunos estudios en libros ó en revistas, escasos los serios y en conjunto casi nada. (1).

En condiciones semejantes, bienvenido sea este ensayo crítico del señor Más y Pí, que aporta una no pequeña contribución al conocimiento de Almafuerte, ese lírico genial «á veces delirante, sonoro como Hugo y atrevido como Junqueiro».

Su obra atormentada y fuerte, no reunida aún sino en mínima parte, pedía desde tiempo atrás un estudio sereno y penetrante.

---

(1) Los que han enriquecido nuestra bibliografía crítica, pueden contarse sobre los dedos: Mitre, Groussac, García Mérou Quesada, fray Otero, Saldías, Urien, Gez, Reynall O'Connor... Prescindo de la crítica militante de cualquier época y confieso que á alguno sólo lo he citado á título de curiosidad.

Más y Pi nos lo ha dado. Se hallaba por otra parte en condiciones de dárnoslo. Poco, ya lo dije, se cultiva la crítica entre nosotros, aun la militante, pero entre aquellos que á tal género se dedican ya se había conquistado Más y Pi una honrosa reputación, á pesar de no frecuentar los círculos consagradores de los cafés. Su labor crítica no es escasa ni es mediocre. Algunos literatos extranjeros podrían hablar por mí y decir en qué estimación tienen el estudio que Más y Pi les consagrara. Es además un conocedor de literaturas para nosotros exóticas, malgrado la vecindad: la portuguesa, la brasileña y la catalana.

Su estudio sobre Almafuerte es serio y mesurado. A grandes rasgos, sin sutilizar demasiado, Más y Pi ha seguido la unidad del pensamiento siempre ascendiente del poeta, fijándola ingeniosamente en cuatro jalones, *La sombra de la patria*, *La inmortal*, *El Misionero* y *Trémolo*, esos cuatro enormes eslabones de la cadena de combates librados por Almafuerte en pro de la patria, de la humanidad, del hombre y del yo.

Más y Pi lo ha hecho con cariño de hijo y de discípulo; pero si alguien por esto mismo dudara de su imparcialidad, se le podría contestar que por el momento no es menester detenerse sobre los innegables defectos de la obra de Almafuerte. Cuando tan gran poeta no había tenido todavía su comentarista, injusto hubiera sido que el primer llegado se perdiera sobre todo en mostrarnos las humanas debilidades de su obra. Más y Pi ha hecho lo que ha debido, analizando con perpicacia la mentalidad robusta del poeta y mostrándonos el aspecto perdurable de sus cantos. La tonta y sin embargo tan humana tarea de poner al desnudo los defectos quede para los críticos posteriores.

Y justamente mis instintos de roedor me hostigan á hincar los dientes en este estudio crítico tan apreciable. No puedo resistir á la tentación de hacerle un reparo. ¿Por qué no nos ha presentado Más y Pi también la faz moral del poeta, su vida íntima? Los críticos futuros, él nos dice, para estudiar á Almafuerte deberán recurrir á los mil documentos de su vida, á las menudencias de la anécdota, á los detalles epistolares, á sus luchas por el bienestar ageno. ¿Por qué no haberlo él ya intentando someramente? Comprendo su resistencia á entrar en la vida íntima del

Padre y del amigo, pero no se exigía tanto. Más aún, soy de aquellos que repugnan de esa enfermiza y pseudocientífica curiosidad que arrastra la crítica moderna á escudriñar los más íntimos rincones de las vidas de quienes tuvieron la desgracia de ser grandes.

Pero hubiera bastado que Más y Pi perfilara á grandes pinceladas el alma compleja y amorosa y huraña del maestro, el alma exteriorizada en el diario ajetreo de la vida. Es tan hermoso todo lo que tiene olor de vida! Así, viendo al *hombre*, comprenderíamos sin duda mejor la obra del poeta. Una anécdota sola de Almafuerte acaso nos dijera más sobre él que cien páginas de sutiles divagaciones.

En fin, ya hinqué el diente.

Más y Pi debe quedar satisfecho. No sólo ha hecho una obra útil sino también una obra buena. Una nación que alberga á un lírico de la talla de Almafuerte y se olvida de él, no lo merece.

De alabar es que Más y Pi nos lo haya recordado. Verdad que nos hallamos en el bello país en que desde la tribuna parlamentaria cualquier Andrónico Castro se atreve á preguntar para que sirven los poetas; pero debemos recordar que nunca, y mucho menos hoy en día, ha sido el congreso el que dictara leyes en materia intelectual.

Ahora, á propósito de este libro una consideración final. ¿Cuando se publicará la obra dispersa de Almafuerte? De él no se ha editado más que ese pequeño volumen titulado *Lamentaciones*. Todos citan al autor de *El Misionero* con *ohes!* muy redondos, pero pocos, muy pocos lo conocen seriamente. Popularizando su obra se lograría tal vez que el «parche no fuera golpeado en favor de otros nombres más populares por una hábil combinación de ecos en la prensa y en el libro», que dice Más y Pi.

«Intención y voluntad» por MARIO A. CARRANZA.

El señor Mario A. Carranza no ha querido irse á Europa sin dejarnos un libro, fruto de su pensamiento y actuación de varios años. Es este un libro desconcertador: su lectura borra la pésima impresión que una recorrida general de él produce á primeras; sin embargo, algo de esa impresión perdura en el ánimo.

¿Se debe acaso á la falta de unidad de las materias que contiene, y á la índole especial de muchos, de la mayor parte de sus capítulos, simples alegatos jurídicos? Probablemente. Sin duda fastidia encontrarse en un libro que lleva un prometedor título filosófico y un lema de Nietzsche (en francés), con una media docena de alegatos de interés relativo y éste sólo para el jurisconsulto. Francamente eso produce el efecto de una emboscada que se nos hubiese tendido. Ahí estriba á mi parecer el error del señor Carranza: el haber pretendido dar á luz, *necesariamente*, un libro. Recogió su producción dispersa y heterógenea, y la publicó, siguiendo la criticable costumbre que se ha convertido en ley para nuestros intelectuales. Hablando familiarmente: el vino no alcanzaba y lo alargó con agua.

Sin embargo, si nos atenemos á los artículos de índole literaria ya cambian de aspecto las cosas. Esos primeros capítulos del libro, incluso el prólogo, son páginas bien intencionadas. El señor Carranza revélase un admirador y un discípulo de Anatole France. Véase: «La ironía y la piedad, pensé para mí mismo, nos enseñan á tolerar y á burlarnos de los malos y de los pobres de espíritu, sin lo cual se podría incurrir tal vez en la debilidad de odiar.» A pesar de esto el señor Carranza tiene convicciones, sólidas convicciones de las que carece el Maestro, ó mejor dicho, el France de la primera hora, que más tarde él tambien hubo de adquirirlas. Son fuertes y saludables las convicciones del señor Carranza. Tampoco fáltale audacia para pensar y criticar, y eso es bueno. En este sentido el libro merece un aplauso. Repito no obstante que no me entusiasma, aunque veo en él un millón de cosas de que generalmente carece nuestra producción. Creo por consiguiente que, sin necesidad de entonar prematuramente fanfarrias triunfales por este libro común, bien intencionado y mal compuesto, aún del punto de vista estilístico, puede esperarse de su autor alguna otra obra más uniforme á la que sin duda ni le faltará nervio ni utilidad. «Es tan triste convencerse inútil». Sí, tiene razón el señor Carranza, pero para alcanzar á ser útil no deben ahorrarse esfuerzos, se debe escribir y pensar con el sudor de la frente, y si es posible con la propia sangre.

ROBERTO F. GIUSTI.

TEATRO NACIONAL

Nuestro teatro se halla en un período de plena barbarie. Barbarie! la palabra puede parecer un poco dura, pero, sin embargo, es la única verdaderamente justa.

Un mal humillante, un mal contagioso ha invadido los escenarios: la inmoralidad y la grosería.

Al salir, después de haber asistido á la representación de algunas de las obras que hoy se estrenan, me preguntaba qué singular extravío podía haber guiado la mente del autor á concebir tal asunto y á entregarlo en manos de una compañía. Porque hemos visto cada obra!..... ah!, cada obra!!

Hoy en día ¿Dónde poder conducir una hija ó una hermana? Verdaderamente no se sabe. De vez en cuando, se ven en los carteles algunas de las buenas obras de épocas anteriores, pero, con todo, no hay un buen teatro, un teatro dónde, después de nobles emociones, después de sanas alegrías, se esté al abrigo de alguna pieza grosera, presentada brutalmente.

No pido como remedio esa cosa torpe, equívoca y sobre todo impotente, que se llama la censura. No, ese no es un remedio, pues nunca ha curado nada. La censura debe partir del mismo público, el cual, es necesario se decida de una vez por todas, á no tolerar la representación de obras que, poco á poco, van efectuando un lento trabajo de embrutecimiento popular. No debemos olvidar que el teatro influye singularmente sobre la marcha y la calidad de los hechos ambientes.

Hay que reaccionar. Lo menos que podemos exigirle á una obra es que sea moral. Llamo pieza moral, simplemente aquella que no daña las costumbres. El bien está en el arte natural. El arte es el bien mismo. Desembarazémosle de la concurrencia que el mal le hace por todos lados, y veremos cómo se afirmará.

¿Conoceis «*La piedra de escándalo*»? El suceso prodigioso de esta obra es un síntoma considerable. En pleno medio popular ha triunfado, tanto por los golpes escénicos que en ella se hallan, cuanto por ser una obra sana y moral. A pesar de sus defectos, tiene «La piedra de escándalo» un sello de distinción artística que puede presentarse como modelo á esta generación de escritores que acostumbran sonreír de los triunfos del poeta Martín Coronado, y nos dan en cambio productos incalificables.

Entre nosotros, se dice que hay como *cien* autores. Constituye la enfermedad del momento actual, esta necesidad infantil de producir y aparecer como autor. Seguramente la mediocridad vanidosa es vieja como el mundo, pero hasta hace poco era, por lo menos, una planta de jardín, mientras que ahora se cultiva por todos lados. Cada actor, músico ó portero de teatro, se considera en el deber de escribir *su obra*. Yo no sé si esto es progreso.

Ante tal bancarrota de inventiva, aconsejaríamos á nuestros autores, se dedicaran á la traducción de las obras de mérito de los repertorios extranjeros. Así hemos visto, con satisfacción, que el señor Nicolás Granada, antes que reeditar su «Conferencia de La Haya», ha preferido traducir un intenso drama de Ugo Ojetti. Este es un ejemplo que debiera ser imitado.

ALFREDO A. BIANCHI.

NOTAS Y COMENTARIOS

Palabras de aliento.—Desde el primer momento la dirección de esta revista pensó en extender su acción más allá de las fronteras de la patria, con el sano propósito de que ella fuese un medio más, acaso insignificante pero de todos modos eficaz, para robustecer los débiles lazos intelectuales que unen esta república con las restantes de la América Latina y con la madre patria.

Sus propósitos comienzan á realizarse. Después del artículo del fuerte escritor colombiano Max Grillo que tuvo ocasión de publicar meses pasados, publica en este número las producciones de tres conocidísimos literatos españoles, que gentilmente han respondido al pedido que la dirección les hiciera de colaborar en la revista.

Muchas palabras de aliento ha recibido la dirección de los más insignes escritores argentinos y extranjeros.

A las de don Miguel Unamuno insertadas en el número anterior, une hoy las no menos alentadoras de otro eminente escritor, el ilustre crítico uruguayo José Enrique Rodó, gloria de las letras americanas. Son éstas palabras siempre oportunas en un medio tan indiferente por lo común á todo lo que es establecer lazos y robustecer el espíritu americano.

La carta es la siguiente:

Señores directores de NOSOTROS.—Gracias, de corazón, por el amable envío de NOSOTROS.

Desde el primer día de su aparición estoy con ustedes y tengo hecho propósito de corresponder al pedido de colaboración. Ello será en breve. Entre tanto, quiero que sepan con cuánto íntimo placer veo desplegarse, gallardamente, en nuestro mar de indiferencia y de tedio, las velas de la valerosa revista, para una nueva expedición de arte, de idealidad, de belleza. Para estas aventuras, para estas búsquedas de fabulosos vellocinos, siento mi entusiasmo intacto y mí fé tan candorosa y eficaz como siempre. ¿Sobre que versará mi colaboración? No son los temas los que faltan.

Recuerdo, por ejemplo, que ha tiempo tengo contraído conmigo mismo el compromiso, muy grato, de escribir sobre las últimas obras de Angel de Estrada, ese espíritu de selección, de estudio y de arte que tanto realza al nuevo pensamiento argentino.

Entre los nombres que presenta el periódico de ustedes, reconozco con afecto á muchos de quienes de antiguo son mis amigos, y veo, con interés y simpatía, nombres nuevos que desde ahora, son para mí nombres de amigos también. Para todos, mis más cordiales sentimientos; y para ustedes, que llevan la mano en el timón, mis mejores aplausos y mis mejores votos.—*José Enrique Rodó.*—Montevideo, 30 de Noviembre de 1907.

Elysio de Carvalho.—Este insigne escritor brasileño se incorpora al cuerpo de redacción de la revista. Tendrá á su cargo la sección «Letras brasileñas», que desempeñara hasta ahora con tanta conciencia Juan Más y Pi, quien se ocupará en adelante de las letras catalanas.

Presentar á Elysio de Carvalho es inoficioso. Por poco que se conozca entre nosotros la literatura brasileña, su nombre ya nos es harto conocido. Además nos habló de él en el segundo número de NOSOTROS Más y Pi, á cuyos buenos oficios debe justamente la dirección de la revista la adquisición de tan inapreciable colaborador; y también nos ha hablado de su obra Rubén Darío en su última correspondencia á *La Nación.*

José A. Merediz.—No es un pensionado ni un primer premio de Academia. Pero es un artista.

Pertenece al número de aquellos que, llegados á la edad viril sin saber bien para qué son propios, se han buscado y se han encontrado, saliéndose del surco trazado para lanzarse en la aventura, en sus riesgos y peligros y, á fuerza de energía, se han hecho lo que querían ser, lo que se sentían hechos para ser.

En una edad en que ningún joven experimenta todavía preferencia bien marcada por ninguna profesión, le sedujo la idea de ser marino y entró á la Escuela Naval. Pero, una afición que desde muy niño tuvo, la del dibujo, se despertaba en él cada vez con más fuerza.

En su casa, como en la escuela, gustábale copiar, del natural, objetos y á veces á sus mismos compañeros. La vuelta alrededor del mundo, en la fragata «Sarmiento», le fué muy provechosa. Cuando regresó, traía sus álbums repletos de paisajes y tipos de los distintos países por los cuales había desfilado su mirada.

Vistos estos ensayos por algunos maestros, éstos creyeron ver en Merediz cualidades que les decidieron á aconsejarle se dedicara con exclusividad á ese arte para el que revelaba tan buenas disposiciones.

Entonces, en la seguridad de haber encontrado su camino, no dudó más. Abandonando patria y familia y truncando su carrera, se fué á Europa. Llegó á París con la obstinación de un

hombre joven que se ha formado por sí mismo y, probablemente también, con el orgullo inconsciente que acompaña las educaciones solitarias. Una vez allí, trabajó y no podemos dudar que trabajó con todas sus fuerzas. Sólo un año hace de su permanencia en París, y ya ha enviado á su familia una serie de treinta pequeños cuadros, resultado de su labor de doce meses.

Los hemos visto. Es una colección de paisajes y tipos de Bretaña. En estas sus primeras pinturas, el señor Merediz revela poseer un alma tierna, melancólica y hasta triste. Su hora preferida parece ser la hora vespertina, cuando el sol cae, cuando las brumas se agolpan y todo adquiere un aspecto vago é indeciso.

El señor Merediz no es un colorista á la Sorolla; su pincel no tiene nunca la nota cálida y brillante. En algunos de sus paisajes, por ejemplo, desearíamos sentir la intensidad de la luz que inunda la tierra y abraza la atmósfera; el aspecto general resulta, por esto, un poco frío y triste. Pero, á defecto de la intensidad de color, tiene la armonía, su ojo ve justo, en una tonalidad verdosa algo extinguida.

Llama la atención en el conjunto una tela que representa un tipo bretón. El alma seria y grave del paisano, con su aspecto de resignado, se retrata admirablemente en ese rostro. Es verdaderamente un paisano bretón, por el gesto, por la actitud, por el carácter de su figura.

El señor Merediz no piensa exponer estas sus primeras telas. Por ahora estudia. Asiste á la Academia, y recibe lecciones particulares de Henri Martín, pintor que ha obtenido este año el primer premio. Trabajando con firmeza, espera poder volver á su patria dentro de tres ó cuatro años y recién entonces exponer algunos de sus cuadros.

Con ambición, obstinación y fé en sí mismo, condiciones todas que posee el señor Merediz, se puede tener por cierto que se hará un lugar grande y honroso en el arte pictórico nacional.

Libros últimamente recibidos.—*Joyeles*, por Juan Aymerich; *Cavalcanti*, por Luis María Jordán; *Vértigos de Sol*, por Rafael A. Arrieta; *Liminares*, por Enrique Pellegatta; *El Derecho*, por Carlos O. Bunge; *Borderland*, por Atilio M. Chiapori; *Corazón*, por Ricardo Levene; *Almafuerte*, por Juan Más y Pi; *Intención y Voluntad*, por Mario A. Carranza; *El País de la Selva*, por Ricardo Rojas, (nos ocuparemos de él en el próximo número); *Algunas críticas*, por José H. Rosendi, (nos ocuparemos de él en el próximo número); *Bartolomé Mitre*, (Discurso conmemorativo), por el profesor Giov. B. Sivori; *Corona funebre*, por Luis F. Suárez; Biblioteca Nacional «Non plus ultra»; *Pensamientos*, por J. Martín Bernal.

NOSOTROS.

NOSOTROS

AÑO I — TOMO I

ÍNDICE

A

Arteaga Alfredo..... Verlaine (versos)..... 37
" " ..... Oda á Rubén Darío (versos)... 145
Arreguine Víctor..... Los Orientales..... 81

B

Banchs Enrique J..... Cuatro Bocetos (versos)..... 29
" " ..... Página Vieja..... 91
" " ..... La copla en el camino (versos). 301
Becher Emilio..... Beltrán y Faustino (Fragmento de una crónica del siglo VI).. 26
Bianchi Alfredo A..... Teatro Nacional....134-204-268-337
Bunge Carlos Octavio..... Etica del Cristianismo..... 72

C

Capello Francisco..... Historiografía Romana..... 20
" " ..... Leonardo de Vinci..... 209
Cárbia Rómulo D..... Las dos fuerzas..... 248
Carriego Evaristo..... Cosas de Andresillo (versos).. 164
" " ..... Bajo la angustia (versos)..... 315
" " ..... Al pasar (versos)..... 316
Chiappori Atilio M..... La Interlocutora..... 35
" " ..... Letras Francesas..... 101
Cione Otto Miguel..... Presente Griego (teatro)..... 168

D

Dario Rúbén..... Introducción á "Nosotros"..... 7
Debenedetti Salvador..... El Viejo Tucumán (versos).... 226
Diaz Romero Eugenio..... La Dama del Jardín (versos).. 78

F

Friedrich Hans..... Divagaciones irreventes... ... 45
" " ..... Descartes y el criterio de la verdad... 185
Ferrarotti Juan Luis..... La corte de los milagros..... 317

G

Gerchunoff Alberto. ..... Letras Españolas..... 108, 260
Grillo Max..... Don Miguel de Unamuno..... 149
Gusti Roberto F..... Letras Argentinas 33, 115, 201, 264 327
" " ..... Teatro Nacional..... 58

H

Hoyos y Vinent Antonio de. Eucarística..... 308

I

Insúa Alberto..... La Poesía del Progreso..... 298
Ipiña Luis..... Escepticismo..... 191

J

Jordán Luis María..... El Sacristán..... 32

L

Lastra Juan Julian..... Lirios (versos)..... 240
Leptir..... Menudencias filológicas..... 242
Longhi Leopoldo..... La ermita..... 179

M

Manigot Raimundo..... Los ancianos..... 95
Martínez Sierra G..... La Mesa (versos).. 285
Mas y Pi Juan.... ..... Almafuerte..... 39
" " " ..... Letras Brasileñas..... 112
" " " ..... Azorín..... 273
Mastrogianni Miguel..... Música..... 129
Maturana José de..... Sonetos (versos)..... 182
Mazo Marcelo del..... Tarde..... 238
Mendez Evar..... Bajo el Rey Sol (versos)..... 51
Monteavaro Antonio..... Su sonrisa..... 162

N

"Nosotros"..... Notas y Comentarios. 63, 207, 271 339

O

Oria Salvador..... El Buen Viejo (versos)..... 98
Ortiz Grognet Emilio..... Bellas Artes..... 125 194

P

Pardo José ..... Prosas para Margot..... 312
Payró Roberto J..... ..... "Nosotros"..... 7, 65, 137
Pinto Escalier Arturo..... En mi estancia (versos)..... 255

Q

Quiroga Horacio..... Una historia inmoral..... 290

R

Rosendi José H..... Sociología..... 121

S

Sicardi Francisco A. ..... Un anónimo más..... 143

T

Tobal Federico..... ..... Recuerdos del Pío Latino..... 230
Tobal Gastón F..... ... . Seducción (teatro) 257
Talero Eduardo..... "El canto errante"..... 322

V

Velasco Leopoldo ..... Melancólicamente (versos)..... 247